

Cuentos

y
relatos



Antonio Capilla

EDITORIAL LA VELA

O ANTONIO CAPILLA

EDITORIAL LA VELA

C./GRAN CAPITÁN, 10 • TNO. 958 46 53 82 • 18002 GRANADA

ISBN: 84-95519-10-0 • DEPÓSITO LEGAL: 209-2001

FOTOCOMPOSICIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: EDICIONES EL PARTAL

Antonio Capilla

CUENTOS
y
RELATOS

Ilustraciones: CARMEN DOMÍNGUEZ

Granada, 2001

El
bocadillo

Era un día de finales de abril o primeros de mayo, cuando Alfonsín salió de casa de sus abuelos de la mano de su madre. Alfonsín, tendría de tres a cuatro años, y era un niño muy inquieto además de preguntón, pues quería conocerlo todo. Así, cuando su madre le dijo —Venga dame la mano —él preguntó —adónde vamos?

La madre, respondió —Vamos a llevar la comida a tu padre, que está cuidando el campo de habas

—Bien, bien, —dijo él todo satisfecho, pues allí podría jugar a lo que quisiese, sin molestar a nadie; además, estaría todo el día con su papá, y si había un poquito de suerte igual lo dejaban dormir en la caseta de madera y techo de chapa, en que su padre pasaba las noches; por tanto se llenó de felicidad, y mientras caminaba por delante de las casas daba saltos y más saltos, sin soltar la mano de su madre.

Las vecinas al verle tan contento le preguntaban —¿Donde vas Alfonsín?

—¡A llevar la comida a mi padre!

Así, entre preguntas de las vecinas, respuestas de él, y risotadas de aquéllas, pasaron las casas. Al final de la fila de casas, tomaron un camino que pasaba junto a un secadero de tabaco. Inmediatamente Alfonsín preguntó, —¿Por qué tiene esos agujeros la pared del secadero?

La madre le explicó que como era un secadero de tabaco negro y que éste debía secarse por el aire que entraba por los agujeros. Pero como había visto los secaderos de tabaco rubio que, como los de arriba, se secaban con vapor que tenían aquellas calderas de agua cerradas, con hornos debajo, para que el agua hirviera, y de este modo el vapor secase las hojas.

Pasado el secadero, entraron en el camino de la era, que transcurría junto a una vaquería, y un gran corralón, en el que se encontraban las cuadras de los mulos y caballos de la labranza; además estaban las casas de los gañanes y sus familias; también había un pilar con un grifo donde llenaban el agua para beber, y servía de abrevadero para las bestias de labor. En la parte exterior que daba al camino estaba un vertedero de basura, donde las gallinas y gallos escarbaban buscando lombrices.

Al ver como un hermoso gallo rojo estiraba el cuello y cantaba —¡Quiquiriquí!—, Alfonsín dijo, —Ese

debe ser un personaje importante—. A lo que su madre pacientemente le clarificó — Ese es el gallo Catalino, y es el jefe del gallinero.

Entonces Alfonsín, en actitud pensativa, dijo —¡ Yaaa decíaaa yooo que... Claro, es el que manda en todas las gallinas y pollitos.

Iban en este diálogo cuando llegaron al puente que cruza el arroyo, y Alfonsín preguntó, —¿Esos árboles son álamos negros?

Le respondió la madre que sí, pero que era un solo árbol, que los otros más pequeños eran los retoños y que formaban parte del mismo.

Alfonsín siguió preguntando, —Vamos a ver, y estas paredes que hay a los lados del puente, ¿para qué son? No me dejan ver el agua desde aquí arriba.

En esto ya habían pasado el puente, y torcido a la izquierda por una vereda que transcurría entre el arroyo y una acequia de riego.

La madre dijo, —Mira Alfonsín, esos muros se llaman pretils, y sirven para que las personas y los animales que pasan por el puente, no se caigan al arroyo desde tantos metros de altura, pues se podrían matar. Te habrás dado cuenta que el que hemos pasado de la acequia, como es pequeño, y la acequia no es profunda no tiene pretil, porque no existe peligro alguno.

Y dicho esto, llegaban al inicio del habar. Alfon-

sín se soltó de la mano de su madre y corrió al encuentro con su padre, gritando, —Papá, papá, papá...— Se abrazó a él saltando sobre sus brazos, y le contó cuanto había visto por el camino.

Cuando llegó la madre, sacó la comida y almorzaron los tres. Alfonsín no paraba de decirle a su padre —Esta noche podré quedarme contigo aquí, ya soy mayor y no tengo miedo a la oscuridad

Tanto y tanto insistió, que su padre consintió en que se quedase con él. Se marchó la madre al pueblo, y Alfonsín correteó y jugó toda la tarde con los perros que tenía su padre para que le ayudasen a mantener la vigilancia del habar.

Ya avanzada la tarde dijo el padre de Alfonsín, —Vamos a ver, tu dices que eres un hombre ya, y que no tienes miedo, pero, ¿sabrías ir a la casa y traerte los bocadillos de la noche para que no venga mamá?

—Pues claro que sí.

—Bien, pues ve a por ellos, pero gasta mucho cuidado con el arroyo, no te asomes por el puente, ni por las orillas, no vayas a caerte y te mates; ten en cuenta que es muy peligroso, así que pórtate como un mayor.

Dicho esto, Alfonsín echó a correr por la vereda en dirección al pueblo, que estaba próximo, y desde el habar se veían las primeras paredes de las casas; solamente se perdía de vista la vereda en la pequeña hondonada que hacía al llegar junto al arroyo.

Pronto Alfonsín llegó a la hondonada. Desde allí, vio, a su amigo Pepito, el cual le llamó.

—¡Alfonsito, Alfonsito!, ven aquí, mira que zarzamoras más ricas; ¡Están muy buenas!

—No, no, mi padre me ha mandado a por la cena, pues esta noche me quedo con él.

—Es solo un ratito, mientras cogemos unas cuantas.

—Bueno, pero solamente mientras tomamos unas poquitas.

Así fue pasando el tiempo y cada vez se hacía más de noche.

El padre de Alfonsín, se asomaba a la vereda una y otra vez, para comprobar si éste regresaba con los bocadillos; tras varias horas y extrañado de su tardanza, inició el camino hacia el pueblo. Iba rápido, pues tanta tardanza le producía un enorme desasosiego, ya que desde su punto de vigilancia, no vio a Alfonsín pasar por el puente. Mientras caminaba, pensó, —se habrá caído al arroyo—. Una vez llegado a éste, miró y remiró por todos lados, pero ni rastro de Alfonsín. Le llamó — ¡Alfonsín!— Así, varias veces pero nadie contestaba. — Me he debido de distraer y por eso no lo he visto cruzar el puente. Pues ya que he llegado hasta el puente, me acercaré a casa; así, ya nos vendremos los dos juntos. Si le prometí que pasaría la noche conmigo en la caseta debo cumplir con mi promesa.

Cuando la madre y los abuelos vieron llegar al

padre preguntaron, — ¿Y Alfonsín? ¿Dónde está?
¿Con quién lo has dejado?

A estas preguntas el padre dijo, —Hace más de tres horas que lo mande a por la cena para que no fuese la madre. Pensé que lo haría bien, dado que no es mucha la distancia. Y además todavía era muy de día.

A esto la madre dijo: —Se habrá caído al arroyo y se ha matado.

—No, no, porque he mirado y le he dado varias voces, pero ni le he visto ni me ha contestado, por tanto pienso que no. Pero id a mirar de nuevo.

Entonces la madre dijo: —Y en el pozo, ¿has mirado?

—No, en el pozo no.

—¿Te has fijado si ha pasado alguien sospechoso de mala persona?

—No, no, no he visto a nadie.

Se corrió la voz por todo el pueblo de que Alfonsín había desaparecido. Sonaron las campanas de la iglesia pidiendo auxilio y avisando a los vecinos de que ocurría una desgracia.

Unos preguntaban, —¿Cómo ha sido?

Otros decían, —¡Qué desgracia!

Y los que tenían un sentido práctico de las cosas se organizaron para iniciar la búsqueda de inmediato.

Su padre buscó por todas partes. Su madre buscaba y lloraba su pérdida. Así, la madre, toda dolorida, pedía que bajasen a los pozos, mirasen por los caminos, recorriesen abajo y arriba el arroyo... Mientras pedía todo esto, llamaba a voces.

—¡Alfonsín, hijo!, ¿dónde te has metido? ¡Alfonsín!, alguien me lo ha robado.

Mientras tanto no paraba de buscar todo el pueblo.

Viendo Pepito tal revuelo y sin entender muy bien porque era aquel jaleo, y tras quedarse solo con su hermano mayor, preguntó —¿Qué está pasando?

Su hermano le contestó que Alfonsín había desaparecido.

En ese momento Pepito echó a llorar diciendo mientras gemía. —No, no, puede ser. Esta tarde ha estado conmigo en el arroyo. Pero no sé para donde fue, si para su casa o para el habar.

El hermano mayor de Pepito se dirigió sin decir nada a nadie hacia el habar, y allí, dormido junto a la puerta de la caseta que estaba cerrada, lo encontró, guardado por uno de los perros de su padre.

Inmediatamente el hermano mayor de Pepito dio grandes voces, a las cuales y al gran tropel que hacían todos al correr hacia allí se despertó Alfonsín.

Alfonsín se despertaba restregándose los ojos y al ver llorar de alegría a sus padres y los demás vecinos preguntó — ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

De inmediato su padre le dijo — Pues que esta tarde cuando te mande a por la cena te perdiste, y no fuiste por ella.

—Sí, sí que fui, y aquí te he guardado la tuya.

Y metiendo sus pequeñas manecitas en los bolsillos, sacó un puñado de moras y otro de ayosas, diciendo —aquí tienes la tuya, yo la mía me la he comido ya; espero que te gusten.

Ante esto, todos rieron felices.

Carmelo



En mi casa todos tenían muchas ganas de tener un canario, tanto mi mujer como los dos hijos pequeños, pero nunca se presentaba la ocasión. Hasta que un día, viniendo del trabajo, había dos criadores de pájaros hablando de un canario que uno de ellos llevaba en un portapájaros. Yo sentí curiosidad y quise verlo; el dueño, hombre muy amable, sacó al canario para que lo contemplase. Era muy bonito.

—¡Es un canario flauta!

—¿Y eso que significa?

—¡Pues que su canto es suave y variado, además, de muy agradable de escuchar.

—¿Y es para venderlo?

—Claro que sí, yo me gano la vida con la crianza de canarios

—Pero... ¿tan jovencillo cantará?

—En cuanto se acostumbre a estar en tu casa.

Le compré el canario y cuando llegué a casa, todos lo recibieron con gran regocijo. La verdad es que

pareció traernos un poco de suerte. La madre le cuidaba con mucho esmero, y procuraba que nunca le faltase ni comida, ni agua, ni otras chucherías que le compraba para que estuviese fuerte y bien alimentado. Los hijos, pronto le enseñaron hacer algunas cositas, como mover la cabeza hacia donde ellos le indicaban con el dedo.

Nunca nos habíamos ido de vacaciones, siempre surgía algo que lo impedía, pero aquel año parecía que las cosas nos irían mejor.

—Carmelo, nos ha traído buena suerte —decían—. Este año hasta vacaciones en la playa —vociferaban constantemente los pequeños.

Cuando hicieron la comunión, todos querían salir con el canario, hasta los nietos y eso que eran demasiado chicos, pero el fotógrafo estaba dispuesto para complacer a todos; era un gran hombre, pese a no ser muy conocido entre nosotros. Así, con su cámara de vídeo, sacaba a unos y a otros junto a la jaula de Carmelo, mientras éste cantaba y daba saltitos de alegría.

Pocos días después le compraron un columpio para que se pasease, pero tanto le gustó que hubieron de quitárselo, pues estaba todo el día dándose paseos y dejó de cantar; más tarde le adquirieron un pequeño cubo para que bebiese agua. Él, con su patita, lo subía hasta la altura que le convenía para saciar su sed.

Otras actividades para las que fue adiestrado, eran: dar saltitos rítmicos al compás de la música que le ponían en el cassette; de cuando en cuando, le abrían la jaula para verle volar por la habitación y acudir a sus llamadas; pero lo más divertido era cuando mi mujer le bañaba, pues, mientras ella lavaba la jaula para mantenerla limpia, él se daba unos buenos refrescos, metiéndose una y otra vez bajo el grifo. Era divertido verle en esta ocupación, por eso, todos acudían a la cocina, cuando tocaba la hora del baño.

En el mes de junio, uno de los chicos compró un pollito recién nacido, de esos que venden por las calles. Esta compra animó más la fiesta en casa, pues mientras unos se distraían con las peripecias de Carmelo, otros lo hacían con Topollillo, que así le pusieron de nombre.

Pasado junio y en los primeros días de julio, se nos planteaba el problema: ¿cómo irse de vacaciones, con los dos? Nadie sabía que hacer, pero el menor de los hijos dio la solución – Lo mejor es llevarlos con nosotros, y de este modo bajo nuestro cuidado no habrá que preocuparse por ellos.

—¿Y cómo los llevaremos? contestó Ataulfo, que era otro de los pequeños

—Carmelo irá en su jaula, y Topollillo, en una caja de zapatos.

Estaban en esta conversación, cuando subió

Rodrigo, que era el hermano mayor, y dijo: —Venga, vamos rápido que el coche está esperando.

La madre, tomó la jaula de Carmelo en la mano, y Ataulfo, la caja con Topollillo dentro. Bajaron a la calle y subieron en el coche con gran alboroto; cuando todos estuvieron sentados y preparados Rodrigo, gritó —¡A las vacaciones!

Los demás hermanos y sobrinos, gritaron a la vez —¡Hurra! ¡Huuurra! ¡Huuuuuuuurrrrra! ¡Bravo, de vacaciones este año!

Rodrigo que llevaba el coche metió la marcha y se inició el viaje. Fue algo fuera de serie, pues todos íbamos contentos; los pequeños no paraban de dar gritos de alegría y cantar canciones; los mayores se daban bromas a ellos y a los pequeños.

La madre sonreía constantemente: eran felices. Yo internamente también lo era de verles tan contentos, y me iba diciendo para mis adentros —¡Por fin, ya era hora, de verles así!

Tras una hora de viaje, paramos en una cafetería de esas que hay en las carreteras; ya era la hora del desayuno y todos bajaron con gran estropicio y risotadas. Todo aquello era novedoso para ellos, e incluso para nosotros los mayores; cada cual pidió lo que le apetecía; fue un desayuno muy divertido y alegre, cada uno estuvo contando sus sensaciones a todos los demás.

Mamá, cuando hubieron terminado, dijo: —

¡Vamos al coche, si nó llegaremos tarde para que os deis un buen baño.

Entonces gritaron todos, —¡Vamos, vamos! Corrieron hacia el coche, en el que se instalaron en un periquete.

Nuevamente Rodrigo puso el vehículo en marcha; tres cuartos de hora más tarde, se desnudaban y con los bañadores puestos, inflaban la barca y la botaban al agua con muchas voces de regocijo.

Rodrigo, vigilaba a los pequeños para que no les pasase nada y los animaba a divertirse, y los jaleaba diciéndoles a gritos, —¡Bravo! ¿Quién se sube primero en la barca? ¿Quién es el que mejor rema y da las paladas más grandes?

Ellos gritaban al unísono, —¡Yo., yo, yo! —y daban saltitos en el agua cogidos a las asideras de la barca para subirse.

Mientras tanto mamá, la hermana mayor y yo buscábamos un piso para alquilarlo durante aquel mes; no fue muy difícil, pues entramos a preguntar a la chica que atendía en una farmacia, y ésta, nos informó que la farmacéutica tenía un piso que alquilaba para el verano; hablamos con ella y pronto nos pusimos de acuerdo, pues mamá es una experta en regateos y la señora no puso muchos obstáculos.

El piso, pese a encontrarse próximo a la carrete-

ra principal; era muy acogedor y cómodo, no estaba retirado de la playa; además, tenía todo cuanto necesitábamos para pasar un buen veraneo.

Al regresar hacia la playa, Rodrigo salió a nuestro encuentro y preguntó a Azucena, que así se llamaba la hermana mayor, —¿Habéis encontrado algo?

—¡Sí, un piso, que es lindísimo!

—¿Y dónde está?

—Encima de la farmacia, que hemos visto al llegar.

—¡Muy bien! ¿Os gusta?

—A nosotros mucho, vamos a ver cuando lo veáis vosotros.

—También nos gustará: tenéis buen gusto para elegir las cosas.

En esto se acercaron los pequeños preguntando todos a la vez, —¿Nos, quedamos?

Mamá replicó —¡Sí!

Ellos gritaron —¡Biiiiieen!

Más tarde, mamá y los hijos mayores ordenaban y colocaban todas y cada una de las cosas en sus sitios correspondientes; le tocó el turno a Carmelo y Topollillo, y mamá preguntó —¿Dónde los ponemos?

Azucena miró por todos lados y finalmente le contestó, —A Carmelo en esta alcallata que hay junto al balcón y a Topollillo, en su caja dentro del mismo balcón.

¡Pero ahí tendrán mucha calor por el sol que puede darles!

—No, el sol que entra es el de la mañana, y cuando avanza el día ya da fuera del balcón, y es el lugar del piso que tiene más luz.

—¡Vale, los pondremos como dices!

Aquel día no se paró de traginar, pues después de colocado todo nos fuimos a la playa, con unos bocatas que mamá, mujer previsora, había preparado en casa, antes de inicial el viaje.

Al llegar la noche nos fuimos todos al piso, donde los hijos mayores, mamá y yo comentamos lo acontecido del día, y cuanto se habían divertido los pequeños. Mamá dijo: —Deben de haber caído rendidos en la cama, pues, no se les oye; ahora me gustaría disfrutar un poco de la tranquilidad que se respira en la playa, con el silencio de la noche, y además, tomar algo fresco en uno de esos chiringuitos que hay junto al agua: el ruido de las olas debe serenar el espíritu a estas horas, y creo que en uno de ellos hay una actuación musical.

Estábamos en esta conversación, cuando aparecieron los dos hijos pequeños con sus cañas de pescar al hombro, y Recaredo, que era el menor, se dirigió a mí diciendo —¡Ya es la hora de irnos a pescar!

—¡Perooo... yooo... pensé que estabais dormidos!

—Tú nos habías prometido ir a pescar.

—Ya lo sé, pero tenemos muchos días.

Ataulfo replicó, —Bueno, pero mientras tomáis algo, nosotros podemos estar pescando.

—Bueno, venga vamos.

Aquella noche no pescaron nada, pero si fue un relajante para todos, pues la tranquilidad de las aguas marinas invitaba a sentarse junto a ellas y escuchar su ir y venir.

Azucena y Rodrigo regresaron a la ciudad dos días más tarde, pues ellos no habían iniciado aún sus vacaciones; así, que su trabajo les esperaba.

Durante aquel mes, y hasta que llegaron sus vacaciones, cuando terminaban sus jornadas laborales o era sus días de descanso, Azucena y su marido, Jacinto, aparecían a altas horas de la noche, pues trabajaban por la tarde; además, el hijo menor de ellos se había quedado con nosotros. Recuerdo que mi mujer, para saber por dónde andaba y no tener que estar llamándole constantemente, tomó un día uno de esos casca-beles que se usan para las cañas de pescar y se lo colgó del bañador; así todo el día se oía por la casa una musiquilla de clin, clin, clinclin clinclin, musiquilla que era agradable escuchar, ya que el significado que tenía era una manifestación clara de que el simpático Crisanto se encontraba cerca de nosotros.

A Carmelo y Topollillo les iban bien las cosas, sobre todo al último, que hubo que buscarle una caja

más grande para que se metiese, pues la de zapatos, pronto se le quedó demasiado pequeña. Pero en cambio, Carmelo los primeros días no paraba de cantar, hasta que un día al regresar de la playa, los niños descubrieron que estaba muy serio y no cantaba como era habitual en él; estaba enfermo; pronto se le dieron unos medicamentos que nos recomendó un gran criador de pájaros, que era del pueblo. Pronto se recuperó e inició sus cantos de nuevo.

Había en el pueblo un chico de la edad de Recaredo; se hicieron muy amigos, pues, a los dos les encantaba la pesca; así, unas veces con las cañas y otras con una botella rota, se dedicaban a la pesca, durante numerosas horas, sin agobiarse. Esta afición, le hizo a Recaredo ganarse el sobrenombre del Pescador, que parecía agradaarle, pues, le encantaba que cuando venían a buscarle nos preguntaran ¿Está el pescador?

Por aquellos días había llegado un colegio para hacer las colonias; también se hicieron amigos de Ataulfo y Recaredo. Era una gozada verles a todos queriendo subirse en la barca; a veces se subían tantos que pensábamos que llegaría a hundirse, pero no, eran demasiado listos, ya que mientras unos estaban subidos otros nadaban dando giros y más giros en su entorno.

Un amigo de la casa solía venirse todos los fines de semana, y salíamos a tomar algo a los chiringuitos

de la playa, sobre todo al que tenía actuaciones musicales; pero uno de esos fines de semana, no había bajado yo al cajero para sacar dinero, así que cuando salimos para el paseo nos aproximamos para hacerlo; introdujimos la tarjeta, y nos respondió: —Fuera de servicio—. Pensamos que más tarde entraría en funcionamiento, dado que era el único que había en aquel pequeño pueblo. —Bueno, después venimos otra vez y ya habrá entrado en funcionamiento —replicó mamá; de modo que así lo hicimos. Durante un buen rato estuvimos paseando por el paseo y finalmente nos sentamos en una terraza para tomar alguna cosa, mientras esperábamos a los pequeños que terminaran de pescar. Cuando estuvimos sentados, se aproximó el camarero, hombre amable y cariñoso, que preguntó, —¿Qué desean los señores?

Azucena pidió —Dos cervezas normales y dos sin alcohol, más cuatro refrescos.

—Enseguida les sirvo.

—¿En qué has venido? — preguntó a nuestro amigo.

—En el autobús, que sale de la ciudad a las siete de la mañana.

—¿Se hace un buen viaje?

—La verdad es que sí: estos autobuses tienen hasta aire acondicionado; además, sus asientos son comodísimos, casi me quedo dormido.

—De esa forma, debe dar gusto hacer kilómetros.

—¡La verdad es que sí!

—¡Creo que ya funcionará el cajero!

—Mientras que vosotras esperáis, iremos Justo y yo a sacar el dinero.

Nos levantamos de la mesa y echamos andar; cuando llegamos, metimos la tarjeta nuevamente, pero el cajero nos dijo lo mismo, —fuera de servicio.

—¿Qué, hacemos ahora? —pregunté a Justo. —

Yo creo que tenemos que ir al próximo pueblo y ver si allí funciona.

Así lo hicimos, tirándonos por el camino que bordeaba la playa. Este estaba lleno de invernaderos, chiringuitos y nuevas edificaciones en construcción.

En el pueblo miramos por todos lados para encontrar un cajero, pero todo fue en balde, ya que ninguna de las entidades bancarias de las que había tenía cajero.

—¿Y ahora? —preguntó Justo.

—Tendremos que ir al siguiente pueblo.

Así lo hicimos, pero esta vez fuimos por la carretera principal que estaba alquitranada, por lo que tuvimos que caminar apartándonos de los coches y la dureza del asfalto; nos dolían los pies enormemente. Por fin llegamos al pueblo donde sí había cajero; sacamos el dinero y después tomamos un taxi para regresar. Cuando llegamos Azucena y mamá pregunta-

ron, —¿Qué, ha pasado? —Le contamos todo lo acontecido mientras ellas daban risotadas muy divertidas de nuestras peripecias. En esto se aproximó el camarero para preguntarnos que a dónde habíamos ido; cuando le contamos la historia, respondió solícitamente que no teníamos que haber hecho eso, pues podíamos haber pagado otro día, y que era una burrada hacer esas cosas.

Mientras tanto, Crisanto, jugaba haciendo toneles y montañas de arena, bajo la atenta mirada de su madre; Ataulfo, Recaredo y Faustino, que era el nieto mayor, pescaban con sus cañas. Nos levantamos de la mesa para ir a recogerles y yo con soma pregunté —¿Qué habéis pescado? —Ellos muy contentos me replicaron, —¡Mira, mira, que pez tan hermoso! y entretanto nos mostraban un cubo que contenía un pez.

—Bueno, ya está bien la pesca por hoy; recoger los aparejos, que es hora de acostarse.

Caminábamos para casa y ellos nos contaban sus historias de pesca.

Al día siguiente nuestro amigo Justo se marchó a la ciudad; también lo hizo Azucena, pero ésta regresó dos días más tarde y ya para quedarse todas las vacaciones con nosotros, pues ese día empezaba su periodo vacacional: a partir de entonces las cosas fueron mejor para mamá, ya que ella le ayudaba en todo con los pequeños.

Azucena gustaba de marchar a la playa todos los días a eso de las doce de la mañana; así que tomaba su sombrilla y a los pequeños y estaban bañándose hasta las dos o dos y media; regresaban para comer, echar una siestecita y retornar a la playa, pero ya nos íbamos todos. Otra de sus costumbres era salirse del agua del mar y de inmediato dirigirse a las duchas de agua dulce y fría, aunque mamá le decía constantemente: —La sal del agua del mar es bueno tenerla un rato pegada al cuerpo.

Una noche en que nos fuimos a pescar, ocurrió una anécdota muy divertida; Recaredo lanzó las dos cañas de pescar, la de él y la de Ataulfo, de tal modo que los hilos de las dos se enredaron entre sí; al rato comenzó a sonar el cascabel de la caña de Recaredo. Clin, clin; hizo primero; después sonó —Clinclin-clinclin— y finalmente sonó —cCinclinclinclinclinclin—Ellos gritaron —¡Ya han picado! ¡Ya han picado! ¡Viiiva, viiinvaaaaaa! Recoge carrete. Ataulfo comenzó a recoger cuerda con gran rapidez, y de vez en cuando exclamaba —¡Debe ser un pez muy grande, pues cuesta un trabajo enorme recoger hilo! — Tras unos instantes efectivamente apareció el pez arrastrado por los aparejos de pesca; era un pececito de tamaño normal para su especie, pero además del pez había arrastrado los aparejos de Ataulfo, que eran en realidad los que habían cogido al pez; pero con el

enredo de las cañas, el que sonó fue el cascabel de Recaredo.

Pocos días después ya tocaban las vacaciones a su fin. Topollillo se había hecho ya un pequeño gallito y Carmelo se había puesto enfermo otra vez, y teníamos que llevarle al veterinario; por tanto comenzamos hacer los preparativos para regresar a casa. Avisamos a Rodrigo, para que viniese con el coche y así lo hizo; era por la tarde cuando iniciamos el regreso; si habíamos llevado cosas cuando nos fuimos, más traíamos a nuestro regreso: en el coche no cabía ni un alfiler. Topollillo, durante el retorno, fue subido en mi cabeza o en mis hombros, situación que divertía a todos los niños; pero en cambio Carmelo iba muy alicaído y triste. Mamá no paraba de expresar —Mañana a primera hora tengo que llevar a Carmelo al veterinario.

Topollillo había crecido tanto que hubo que dárselo a unos vecinos para que lo llevaran a su parcela; allí terminó de hacerse un gallo, y según dicen los vecinos fue padre de muchos pollitos.

A la mañana siguiente mamá, acompañada por Patricia, que era la esposa de otro de los hijos mayores, y con la jaula de Carmelo en la mano, se dirigieron a la clínica de un veterinario que ésta conocía; el veterinario les dijo que no sabía que le pasaba, pero que no le quedaba mucha vida; así que les expresó

que se fuesen haciendo el cuerpo para esperar su muerte. Ellas regresaron a casa todas serias y tristes, y lo transmitieron a todos los de la casa y especialmente a los pequeños. Tres días más tarde Carmelo murió. Los niños, con Rodrigo prepararon el funeral; buscaron una cajita pequeña para meterle; cuando la tuvieron lo encerraron en ella, tomamos el coche y toda la familia nos dirigimos al terreno para enterrarle. Cuando llegamos, bajamos del coche; todos íbamos serios y como si de un funeral de verdad se tratase; Rodrigo marchaba delante con la caja del muerto; mamá y yo seguíamos detrás muy serios y los pequeños iban los últimos llorando. Al llegar junto al olivo donde querían enterrarle Rodrigo dijo: —Un momento, hagamos las cosas bien; debemos cavar una fosa para enterrarle y que otros animales no se lo coman. —Cuando terminó de hablar todos lloraban, hasta mamá y eso que era una mujer dura. Él puso manos a la obra y cavó una pequeña fosa; después metió dentro la cajita con Carmelo, dándole al asunto un carácter de ritual serio y profundo; cuando ya lo hubo enterrado, tomó dos ramitas de olivo y fabricó una cruz para señalar el lugar.

Poco tiempo después, mamá quiso que hiciésemos un cerco de bloques alrededor del olivo; dentro del mismo sembró dos laureles, unos claveles y un jazmín, que crecieron muy vigorosos y hermosos, sobre

todo el jazmín que ha crecido tanto que hoy en día está enredado en las ramas del olivo y en verano desprende un olor tan penetrante que envuelve todo el entorno.

Desde aquel verano no volvimos a ir de vacaciones hasta cuatro años después; por eso todos recordamos aquel canario llamado Carmelo con muchísimo cariño, y aún hoy mamá habla de él, y sigue diciendo, — ¡Carmelo nos trajo suerte a la casa!— y en ocasiones subimos al terreno para respirar el olor penetrante del jazmín del que mamá habla, — Carmelo nos cambió su canto suave y melodioso por este aroma penetrante y embriagador del jazmín, pues de no ser así, éste no tendría este perfume tan agradable.

La verdad es que yo no sé si esto será cierto, pero el jazmín echa unas flores preciosas y es tan hermoso sentarse bajo aquel olivo, junto al jazmín, y aspirar su perfume, que yo mismo en ocasiones he llegado a pensar que debe ser el espíritu de Carmelo el que le da esos olores por que no quiere separarse de nosotros: si las personas tenemos espíritu ¿por qué no había de tenerlo aquel pajarillo tan lindo?

*Carmencita
en su nueva vivienda*



VIVÍA una vez hace muchos años, en un pueblo, un zapatero remendón, al que todo el vecindario llevaba sus viejos zapatos para que los arreglase, pues era tan bueno en su oficio que de un par de zapatos viejos, hacía unos nuevos, que servían hasta para ponérselos en las mejores fiestas del lugar. Pero su espíritu aventurero pronto se cansó de aquel sitio, y una mañana, al levantarse, dijo a su mujer y sus hijos, —mirad, vosotros sabéis que este lugar ya se me ha quedado pequeño y me estoy muriendo como un pájaro enjaulado; así que voy a ver si encuentro otro lugar para vivir y trabajar, que cuando menos pueda respirar libertad y aire fresco cada mañana.

Así, que diciendo esto y tomando en la mano una talega con la comida que su mujer le había preparado mientras él hablaba, tomó, subido en su bicicleta, el camino que iba por medio de unos olivares, y próximo a unas montañas.

Pasó por una pequeña aldea, atravesó una gran

acequia, por el puente de tabla, y siguiendo su orilla por una vereda, descubrió a su lado izquierdo, que el terreno cada vez era más elevado, y los olivares del secano, los trigales y los campos de cebada ya casi no se veían por la altura del terreno.

De pronto divisó unas cuevas hechas en el gran desnivel que ya había alcanzado el terreno, miró a todos lados y se dijo, —¡qué hermoso lugar! Las vistas son muy bellas. ¡Cuánta agua existe en este lugar! ¡Cuántas hortalizas y qué huertas tan productivas, pues tienen de todos los frutales que a mi me gustan! Creo... que... buscaré un lugar para hacer mi casa.

Y dicho esto, puso manos a la obra. Miró por todas partes y finalmente eligió una gran pared que se había formado en el terreno del olivar, para que ninguna persona de las que habitaban en el lugar pudiese sentirse dañado,

Así que necesitaría para hacer su casa picos, palas, palustra y otros materiales de construcción. Para obtenerlos debería desplazarse a la izquierda y comprarlos.

Una vez provisto de todo lo necesario, regresó al lugar, para iniciar el trabajo.

—Escarbaré en el muro de tierra hasta hacer una parte de la casa y el exterior lo haré con una bonita delantera de obra; en la fachada le pondré una puerta

y dos ventanas, una a cada lado para que mi vivienda tenga mucha luz.

Transcurridos unos meses la casa estaba terminada, y entonces se dijo: —Bueno, la casa está terminada; iré a por mi familia. Además debo contarles, que tenemos muy buenos vecinos, pues ellos, con su ayuda, han conseguido que haga la casa más grande y la haya terminado antes, para que ellos estuviesen antes conmigo y con ellos.

Cuando el zapatero regresaba por su familia y contó lo acontecido, su hija Carmencita dijo:

—Tengo ganas de conocer ese lugar y esos vecinos tan buenos, pues si los padres son personas maravillosas, los hijos también deben serlo, y no siempre tiene una la oportunidad de tener grandes amiguitos.

Cuando llegaron a su nueva casa, de inmediato hizo amistad con todos los niños, para los cuales la llegada de otros vecinos era una novedad.

Carmencita de la mano de su madre entró en la casa, y cuando la vio por dentro, dijo a su padre:

—Mira, papá, yo quiero dormir en la habitación de la ventana que da al camino. Desde ese cuarto se oye correr el agua por la cascada de la acequia grande. Además, cuando pase alguna persona por el camino, oíré sus pasos acercarse y alejarse.

A lo que su padre contestó:

—Bien, hija como tu quieras.

Y diciendo esto empezó a meter los muebles del dormitorio de Carmencita en la habitación.

Más tarde Carmencita jugaba con sus nuevos amiguitos.

De este modo transcurrieron los días. Cada vez los vecinos querían más y más a Carmencita, aún siendo una niña algo traviesa. Además, era una niña muy ocupada, pues siempre estaba ayudando a su madre, la cual estaba muy atareada llevando y trayendo zapatos para que los arreglara su marido.

Una tarde cuando se ponía el sol, y las sombras de la noche empezaban a adivinarse a lo lejos, la madre de Carmencita, la llamo, y le dijo:

—Carmencita, hija, ven, que quiero que te vistas y juegues un rato con tus amiguitas.

Carmencita, obediente como siempre fue hacia su madre.

—Te pondrás este vestido blanco que con tu pelo moreno te hace tan guapa —y diciendo esto le ponía el vestido, la peinaba y ella se lavaba, mientras su madre le preparaba la merienda.

Una vez arreglada y con la merienda en la mano, salió de su casa a buscar a sus amiguitas, y cuando todas estuvieron en la pequeña placeta que había delante de las casas, dijo Carmencita, que como siempre llevaba la voz cantante, —¿Dónde jugamos hoy, y a qué jugamos?

Pepi, que vivía en un cortijo, al otro lado de la acequia Gorda dijo: —A lo que tu digas, pues siempre eres quien organiza.

Aquella tarde Carmencita, tenía ganas de saber cosas de otros parajes y de otras ciudades lejanas, y pensativa dijo: —Si hubiese venido Macarena a ver a su abuelita, nos sentaríamos en la piedra grande para que nos contara cosas de su tierra.

Entonces Pili, aclaró —sí ha venido. Llegó esta mañana acompañada de su madre.

Al oír lo que decía, gritaron todas a la vez: —Bien, bien, vayamos a por ella.

Echaron a correr cogidas de la mano, y al llegar junto a la puerta de su abuela, dijo Carmencita: —A la una, a las dos y a las tres.

Y al unísono gritaron juntas: —¡Macarena, Macarena!

Esta, al oírlas, salió dando saltos y gritando ¡Hola, hola, amiguitas, cuánto os he echado de menos!

Tras saludarse Carmencita, tomó la palabra y dijo: —Vayamos a la piedra y nos cuentas historias de tu ciudad.

Gritaron todas: —Vayamos, vayamos.

Una vez sentadas alrededor de Macarena, ésta inició su relato de acontecimientos desde la última vez que se habían visto.

—En el puerto que tiene el río que pasa por mi ciudad, han puesto un embarcadero deportivo.

Así empezó Macarena contando acontecimientos de donde ella vivía, hasta que la noche se echaba encima, y Pepita dijo: —Ya tengo que irme, si lo hago más tarde mis padres me reprenderán.

Carmencita contestó: —Te acompañaremos todas hasta tu casa.

Las demás niñas dijeron: —Sí, la acompañaremos, para que no pase miedo.

Llegaron a casa de Pepi y su madre las obsequió con unas frutas recién traídas del huerto por el padre de Pepi.

Cuando salieron de casa de Pepi, ya era de noche. Carmencita, dijo: —Primero llevaremos a Macarena.

A lo que las demás dijeron que sí.

Dejaron a Macarena en casa de su abuelita.

Entonces Carmencita dijo: —Ahora te toca a ti Pili; después a Nieves y tras dejar a Trini, me iré yo a casa. —Así lo hicieron, y cuando hubo acompañado a Trini, se dirigió a su casa.

No había andado más de cien pasos de casa de Trini, cuando oyó un ruido.

Era lejano. Aplicó más el oído, y le pareció una cosa muy rara: se escuchaban cascos de caballos, ruido de ruedas y una música dulcísima.

Paróse ella extrañada y lo hizo junto al viejo níspero del tío Raimundo.

Mientras sonaban estas cosas ella decía para sí. — No, no es por el camino, ni por la acequia; por el olivar tampoco. ¿Dónde es?, parece que saliera de las raíces del níspero.

Estaba en estos pensamientos cuando oyó una voz que le decía:

—¡Carmencita, Carmencita!

—¿Quién me llama con esa voz tan dulce?

—Soy tu hada madrina, que he escuchado tus pensamientos y ganas de ver otros lugares.

—Sí, es verdad hada madrina, pero mis padres se preocuparán si no llego pronto.

—Tu no te preocupes por ello, yo me haré pasar por ti, mientras tu recorres parajes maravillosos subida en esta paloma blanca con la que formarás un solo cuerpo.

Y diciendo esto sacó su varita mágica y dijo: — Ahijada, enpalomada, de largos sueños y hermosas alas.

Carmencita, convertida en paloma, subió a lo más alto del níspero, arrulló melosamente, dando las gracias y elevó el vuelo.

Como la noche era de luna llena y ésta estaba empezando a salir con todo su esplendor, Carmencita voló hacia ella para tomar mejor orientación.

Y cuando estuvo orientada, se preguntó: —Carmencita, ¿en verdad qué quieres ver? Y ella misma se respondió: —¡A mi abuelita de mi corazón!

Y diciendo esto, dirigió su vuelo hasta el lugar donde vivía su abuelita, al que llegó casi cuando apuntaba el alba.

Se posó suavemente en el alféizar de la ventana del dormitorio, y muy suavemente le arrulló hasta que la abuelita se despertó, diciendo: —Qué paloma tan linda y que bien me he despertado esta mañana con ese arrullo... que... parece... no... pero no puede ser.

Despertóse la hermana mayor de Carmencita, y preguntó: —¿Qué dices abuela?

—Pues que esa paloma que está en la ventana me ha despertado con un arrullo tan hermoso que parecía Carmencita.

Levantóse la hermana y acercándose, la tomó en sus manos, y la llevó a la abuela, que la acarició y besó repetidas veces, con gran placer por parte de Carmencita.

De repente la abuela dijo a la hermana mayor: —Hoy, iremos a ver a tu madre y tus hermanos, pues algo me dice que tu hermana quiere venirse una temporada con nosotras.

Oyendo esto, Carmencita salió en un vuelo rápido y audaz hacia su casa.

Cuando pasó junto a la acequia aflojó el vuelo,

posándose en la orilla para beber agua; después se elevó hasta lo más alto del níspero, y desde allí esperó que el hada le hiciera señas para pasar por su ventana dentro de la casa. Cuando así ocurrió, y una vez dentro de su dormitorio, le dijo el hada:

—He comprobado que eres una niña que valoras más el cariño de los tuyos que todos los demás deseos de ver mundo, y por eso tocaré con mi varita el corazón de tu padre, para que te deje ir una temporada con tu abuela a su casa.

Y diciendo esto retornó a Carmencita a su estado natural de niña, justo a tiempo de que llegaba su abuela y su hermana.

La abuela besaba y besaba a Carmencita mientras contaba una y mil veces la historia de la paloma.

Y cuentan los que aún hoy pasan por el lugar, que una hermosa paloma blanca, vuela constantemente desde el níspero del tío Raimundo, hasta la ermita de la Virgen de las Nieves, que fue construida en aquel lugar.

El viejo pescador

En cierta ocasión vivía un viejo pescador a la orilla de un inmenso río que nacía en unas montañas lejanas. Era rico en pesca, pues en sus aguas habitaban muchos peces de todas clases, barbos, truchas, lucios y otras especies. Lucho, que así se llamaba el viejo pescador, tenía una cabaña de grandes troncos, hecha por él a la sombra de un enorme sauce que extendía sus ramas hasta el mismo borde del agua; además había hecho una canoa del tronco de un alcornoque que cortó en el bosque próximo.

La idea de construirse la canoa le vino un día mientras pescaba y ante la desesperación de que no picara su anzuelo ningún pez. Aquel día Lucho se levantó de madrugada, preparó los aparejos para la pesca, se sirvió un poco de café caliente que se hizo en una hoguera, encendida a la puerta de la cabaña. Tomó sus bártulos y se dirigió a una roca enorme que penetraba en el río. Una vez sentado en el saliente de la roca, preparó la caña, puso el cebo correspon-

diente para pescar truchas, arrojó éste al agua y se dispuso pacientemente a esperar que picase alguna de ellas. Así transcurrieron varias horas; las truchas pasaban por el centro del río y no se acercaron. Viendo lo que pasaba decidió cambiar el cebo, y se dijo: —Si las truchas no pican, veremos si lo hacen los barbos.

Pero éstos tampoco cayeron en la trampa que les tendía Lucho —pues pondré una carnaza que sirva para todas las clases de peces—. Y así lo hizo. Pero transcurrió todo el día, la noche empezaba a extender su oscuridad y el viejo pescador no había pescado nada en aquella jornada. Mientras se quejaba de su mala pata, iba pensando: —Estas cosas me pasan por no tener una canoa para adentrarme en las aguas más profundas del río. Allí tiene que haber más peces que en la orilla. Date cuenta Lucho de esos peces que brillan en la mitad del río. Bien, bien, no hay más que pensar: mañana iré al bosque y escogeré el árbol más adecuado para fabricarme una ligera canoa para pescar, y de este modo, todas las noches tendré mi cena segura.

Al día siguiente anduvo de acá para allá en el bosque, hasta que por fin encontró lo que buscaba: un viejo alcornoque que tenía una hermosa corteza de corcho para que flotara mejor. Tomó el hacha en sus manos y comenzó a dar unos hachazos enormes en

la base del tronco del alcornoque. Cuando la tarde caía, el tronco comenzó a ceder, pero era muy tarde y estaba muy cansado, y se dijo para sí: —Ya no puedo más. Mañana continuaré con este trabajo—. Se cargó el hacha al hombro y emprendió el regreso a la cabaña.

Al llegar la depositó en un rincón y se sentó a la puerta para contemplar el agua del río, pues había estado todo el día lejos de aquel río, que era toda su vida. Cuando se hubo sentado y mientras miraba correr el agua, su pensamiento comenzó a andar. —¿Hasta dónde irán estas aguas? Me gustaría tanto saberlo. Si tuviese la canoa, las seguiría hasta el final de su camino.

De pronto vio como un lucio de tamaño considerable asomaba su cabezota, y lo llamaba: — ¡Lucho, Lucho!

—¿Qué? ¿Qué? ¿Quién me llama?

—Soy yo, el rey Lucio, que estoy oyendo tus deseos.

—Pero si los lucios no hablan.

—Te he dicho antes que soy el Rey de los Lucios, por lo que tengo capacidad de habla para poder entenderme con los humanos que tienen ilusiones como tú.

—Pues yo pensaba que los peces, fuesen Reyes o no, no podrían hablar, ya que eso lo he deseado tantas y tantas veces, en esta soledad.

—Ya estás viendo que sí hablamos, viejo pescador.
—Bueno, después de tantos años, ¿qué quieres de mí?

—¡Lucho! Deseo que me acompañes.

—¿Para qué?

—Quiero enseñarte una cosa que te gustará mucho.

—¿Y qué es?

—No te lo puedo decir; has de verla con tus propios ojos.

—¿Dónde está?

—Lejos de aquí.

—¿Y cómo iré?

—Tendrás que subirte a mi lomo y yo te llevaré. —
Bueno, vamos, vamos.

Se puso de pie y acercándose al margen del río, de un pequeño saltito, subió a lomos del Rey de los Lucios. —Cógete fuertemente a mi aleta, pues descendemos por el río a una gran velocidad. Hemos de llegar pronto a nuestro destino. —Diciendo esto apoyó su cola en la orilla para tomar impulso e inició el descenso. El viejo pescador veía como iban escoltándoles todos los peces del río. La gran trucha arco iris se acercó y preguntó: —¿Cómo vas, Lucho?

—¡Muy bien y feliz!

Más tarde fue la carpa quien apareció a preguntar: —¿Sientes frío?

—No, sólo un poco de humedad en las piernas.

Cuando habían andado un buen trecho, papá Barbo, con sus largas barbas, le dijo: —Cógete fuerte pues vamos a pasar por un salto de agua, por una pequeña catarata.

Cuando esto sucedió, sus ojos contemplaron con admiración los bonitos colores que se veían cuando los rayos del sol atravesaban las gotas de agua que saltaban de ella. Desde su medio de transporte, Lucho veía grandes árboles, las rocas de la orilla formando bellas figuras que regocijaban la vista. De pronto empezó a oírse una canción que decía:

Bajo el río a gran velocidad
el corazón me da saltos de felicidad
pues el rey Lucio sabe navegar
y una sorpresa me quiere dar:
será un tesoro de esmeraldas
o quizás una isla de coral

El viejo pescador prestó más atención y pudo comprobar que era un coro de peces que iban escoltando detrás. El rey Lucio preguntó: —¿Ves aquellas luces a lo lejos?

—¡Sí, sí, y que bonitas que son! Además esas casas que alumbran deben ser maravillosas. Nunca las vi tan grandes, ni con tanta luminosidad.

—Lucho, eso no son casas, son barcos de motor.

—¿Barcos de motor? ¿Eso que es?

—Grandes vehículos que navegan por el agua.
Pero ya basta, hemos llegado.

—¿Dónde?

—A esta barca fueraborda.

—¡Oh, 000h! ¡Qué gran cosa debe ser si hemos nadado tanto para venir!

—Sí. Sube a ella y tira de esa cuerda que ves ahí.

—¿Para qué?

—Para que arranque el motor, y así comprobarás que alcanza más velocidad que una canoa de alcornoque.

Lucho tomó en su mano la cuerda y tiró de ella con fuerza. En ese preciso instante se oyó un tremendo ruido. El viejo pescador se despertó y mirando a todas partes dijo: —¿Qué habrá sido eso? Con esta noche tan oscura y tormentosa no veo nada —Se levantó lentamente pensando: —¡Qué sueño tan lindo!

¡Ojalá hubiese sido realidad! —Se dirigió al interior de la cabaña y exclamó en voz alta: —Mañana cuando sea de día miraré qué ha sido ese ruido.

A la mañana siguiente, no muy bien empezaba amanecer, se levantó Lucho de su jergón y se dirigió hacia el bosque. Allí contempló como el viejo alcornoque que él empezara a cortar el día anterior estaba tumbado en el suelo. La tormenta habida la noche antes con aquel viento lo terminó de derribar. Con su hacha fue cortando todas las ramas hasta dejar solamente el enorme tron-

co. A continuación, encendió un fuego para requemando poquito a poco el tronco, hasta dejarle hueco por su interior al igual que hacían los indios. Cuando estuvo listo para navegar, se le planteó otro problema: —¿Cómo lo transportaré hasta el río?

Pensó que, si le hacía unas ruedas y le ponía unos palos como ejes en lo que apoyar la canoa, podría llevarla rodando al río. Se puso manos a la obra y fabricó dos ruedas; subió la canoa, empujando a la vez que sujetaba, y la llevó hasta el río por el lado más próximo a su cabaña. La botó al agua y se dio un paseo en ella para comprobar si flotaba bien y si verdaderamente era ligera como él deseaba.

Efectivamente, todo había salido bien, pero no podía olvidar la barca de su sueño. Así que se dedicó a pescar con gran entusiasmo mientras se iba diciendo: —Si pescara lo suficiente, podría ir río abajo hasta el pueblo más cercano, y allí vender todo el pescado; con ese dinero me compraría una barca como la del sueño, pues ya soy muy mayor para andar remando, río arriba, río abajo.

En aquel preciso momento le pareció que oía un motor. Miró aguas abajo y vio dos muchachos que venían río arriba con una barca idéntica a la del sueño. Inmediatamente pensó: —Si ellos quieren hacer trato, le cambiaré mi canoa con toda la pesca que tengo en la cabaña de estos días atrás.

De pronto oyó que le llamaban por su nombre.

—¿Quién me llama?

—Somos los propietarios de un gran pesquero y estábamos buscando tripulación cuando alguien se acercó a nosotros y nos contó las habilidades que tiene para la pesca un viejo pescador llamado Lucho, y cuando nos contó que vivía río arriba nos acordamos que nuestro padre siempre nos hablaba del suyo, que era el mejor pecador que había en este río.

—¿Cómo se llamaba vuestro padre?

—Luisiño, y era vuestro hijo.

—Entonces, ¿vosotros sois mis nietos?

—¡Sí!

—¡Venid a mis brazos! Pensé que vuestro padre había muerto dejándome solo en esta vida.

—No, no somos solos, pues tienes un nieto más y dos nietas, además de siete biznietos. Venga, vamos, te vienes a casa con nosotros. Recoge aquellas cosas que les tengas más cariño.

—Lo que más quiero es esta canoa, y mi mayor ilusión es tener una barca como esa.

—Pues es tu regalo de bienvenida. Venga vamos a la barca.

Subieron todos y partieron felices río abajo.

Eric

En una pequeña isla de corales vivía un matrimonio con sus dos hijos Eric y Bito. La isla tenía forma redonda, con un pequeño lago natural, en cuyas orillas crecían unos hermosos cocoteros, a los que Eric y su hermanito gustaban subirse para cortarles los frutos, con los que su madre hacía unos dulces deliciosos de pulpa y leche de coco.

Su padre trabajaba para dar sustento a su familia; unas veces cuidaba las cabras que les daban leche con la que fabricaba queso la madre; otras veces iba a pescar con una pequeña barca de remos.

Eric decía a Bito: —Tengo ganas de ser un poco mayor, para poder ayudar a papá en sus trabajos, aunque lo que más me gusta es la pesca y poder navegar y correr alguna aventura que sea fantástica.

Bito, le preguntaba mirándole a la cara: —¿Me llevarás contigo? Eso que dices me produce una gran ilusión; además, no es justo, que yo siempre te acompañe para cortar los cocos y en todas aquellas tareas

que los padres te encomiendan, y cuando te lo vas a pasar bien me dejas solo en casa con ellos.

Eric a esto le contestó: —Pues si tu quieres acompañarme, esta noche cuando nuestros padres estén dormidos cogeremos la barca e iremos, como primera prueba a la isla de los papagayos.

Así que esperaron que llegara la noche con impaciencia, y se dedicaron a ayudar a su madre; para que ésta no sospechase nada, de vez en cuando cogían algunos víveres para guardar en la bolsa de suministros que pensaban llevar para comer mientras estaban fuera de su hogar; ahora era queso, luego unos cocos, después carne salada, pan, galletas por si el pan se terminaba, y finalmente, algunas frutas y hortalizas.

En estos y otros quehaceres estaban cuando llegó la noche; entonces dijo la madre: —Ya es hora de cenar y acostarse.

Eric contestó muy hábilmente y para que no vislumbrara nada: —Sí, sí, tienes razón mamá, porque hoy hemos ayudado mucho, y estamos cansados.

Se dispuso la mesa con una sopa de gambas que el padre había pescado, conjuntamente con unas sardinas muy hermosas que puso la madre asadas, y de postre tomaron un requesón con miel, que su padre ordeñó de la cabra Florida, que había tenido un cabritillo.

Terminada la cena, Eric, dijo a Bito: —¡Ea, vamos a la cama!

Diciendo esto, se levantaron de la mesa y se dirigieron a su cuarto.

Pronto los padres, tras hablar un rato entre ellos de como había ido el día, y de comentar el padre: — Eric ya va creciendo; pronto podrá salir a pescar conmigo y nuestros ingresos mejorarán, pues además de coger peces para nuestro alimento, podremos vender algunos a la gente de la isla grande —Y una vez terminada la charla se cogieron de las manos con mucho amor y se dirigieron a su dormitorio mientras decían: —¡Qué chicos más maravillosos tenemos, pues con lo pequeños que son nos ayudan en cuanto pueden y a veces hacen cosas de mayores que no son propias de su edad.

Iban en esta conversación cuando entraron y cerraron la puerta. Pronto oyeron los ronquidos enormes que daba su padre.

En ese momento Eric tomó la mano de Bito, diciéndole: —Vamos por la ventana para que no se despierten con el chirrido de la puerta.

Saltaron a la calle, donde les saludo Diana, una perra pastor alemán que tenían y siempre los acompañaba a todas partes.

Se dirigieron los tres hacia el pequeño lago, donde tenía su padre atracada la barca, y cuando hubie-

ron llegado, salió del agua el cangrejo cocotero amigo suyo y les saludó levantando su pinza izquierda.

Ellos contestaron con un —¡Hola señor cangrejo!, ¿Nos prestarás tus pinzas para soltar las amarras de la barca?

Entonces el cangrejo levantó la pinza derecha, que quería decir que sí.

Subieron en la barca los dos niños y su perra Diana. Eric tomó los remos y gritó al cangrejo —¡Ya puedes cortar las amarras!

Y él puso pinzas a la obra, y con gran ímpetu mordía una y otra vez las amarras hasta que liberó a la barca, que lentamente empezó a deslizarse hacia el canalito que unía el lago con el mar.

Diana estaba contenta mientras los niños gritaban: —¡Bien... bien... bien!

Ella ladraba de alegría.

Llegaron a mar abierto y Eric, apretando las manos a los remos, para que las paladas fuesen más grandes, miró al cielo, y dijo: —La isla de los papagayos se encuentra en dirección norte, por tanto hay que buscar la Osa Mayor, y dirigirnos hacia donde indique la Estrella Polar.

Bito preguntó: —¿Qué es la Osa Mayor?

Eric contestó: —Según me explicó padre una vez es un conjunto de estrellas, y una de ellas, la que está en la punta, siempre indica el Norte; también me dijo

que en algunas zonas de un país muy bonito, quizás el más maravilloso del mundo, de donde procedemos nosotros, y que se llama Andalucía, le dicen Carro por su forma, pues mientras unas estrellas parecen las ruedas y el cuerpo del carro, otras dos parecen la manguera o lugar del carro donde se enganchan los mulos o caballos para que tiren de él, y la estrella de la punta de la manguera es la Estrella Polar, es decir nuestra dirección.

Diciendo esto puso la proa de la barca mirando al norte y empezó a remar con todo el vigor que le permitía su corta edad.

Pasado un buen rato de estar remando oyó a Bito, que decía: —Eric, mira que bonito es el mar y el cielo con esta noche tan clara y con tanta luna; ¡mira, mira!, eso debe ser una palometa, y eso que brilla como plata ser un banco de peces. ¡Qué hermoso es todo! Y este pez tan grande que nos acompaña desde hace un buen rato y que da saltos y cabriolas alrededor nuestro, y que parece bastante amigo de Diana.

—Ese es un delfín; los delfines son muy amigos de los hombres y más de los niños, pues cuentan que sus orígenes son humanos y terrestres.

Cansado de remar se sentó en el fondo de la barca, y ésta se balanceaba al compás de las suaves olas; entonces, mirando a su hermano que ya se le cerra-

ban los ojos de sueño empezó a decirle: —Bito, ¿tu tienes ganas de ver a la abuela?

Este, entre sueños, dijo: —¡Hace... tanto... tiempo que no la vemos!

Eric inició un monólogo en bajo pues su hermano se había dormido: —Abuela, cuanto tiempo llevas lejos de nosotros, desde que mis padres nos trajeron a vivir a la isla. ¡Qué daría yo por verte!

Y en esto se quedó dormido.

Entonces Diana, que vigilaba como siempre, comenzó un diálogo con el delfín.

—¿Tú has oído sus deseos?

—Sí, claro que sí, y por eso os vengo siguiendo desde hace tanto rato.

—¿Es que les vas ayudar?

—Sí, pero tu tienes que prestarme colaboración; así que manos a la obra.

—¿Qué tengo que hacer?

—Busca el trozo que sobró de la amarra cuando la cortó el cangrejo.

Diana, rebuscó por el fondo de la barca y vio que Eric tenía debajo de su cuerpo parte del trozo; cogió con la boca la parte que asomaba y tirando con mucho cuidado para no despertarle fue sacando el cabo de la amarra. De pronto Eric se removió en sueños y Diana, cayó hacia atrás dando un enorme culetazo, y menos mal que el delfín le empujó con su hocico, si

no cae al agua. Entonces Diana dijo: —¡Gracias! Ya está, ahora ¿qué hago con él?

El delfín dando un salto, subió al borde de la barca, y dijo: —Amarra el cabo alrededor de mi cuerpo.

Diana, puso boca a la obra y lo amarró fuertemente.

El Delfín se arrojó al agua y cambiando el rumbo, empezó a nadar con tanta rapidez, que Diana ladró diciendo: —¡Guau, guau, guau! Delfín, a esta velocidad se volcará la barca.

Delfín riendo con esa risa tan original de su familia dijo: —¿Qué pasa, ¿Tienes miedo?, ¿Por eso dices que se volcará la barca?

—No, pero estoy viendo por detrás que nos sale un rabo blanco.

—Tu no te preocupes: eso es una estela de espuma debido a la velocidad que llevamos. Oye, Diana, ¿Tu ves aquello que parece un camino gris?

—Sí, claro que lo veo.

—Pues eso es un río que desemboca en este mar y tenemos que entrar por él, pero ahí tendrás que ayudarme.

—Me tendré que tirar al agua para tira de la barca.

—No mujer, no es eso, lo que pasa es que ese río tiene contaminada su salida, y para atravesarla tendremos que hacerlo a una mayor velocidad.

—Pues no sé cómo puedo ayudar!

—Vamos, no seas torpe; pon tus patas delanteras en los remos y los mueves rítmicamente, adelante y detrás.

—¡Haaa... eso lo he practicado con los niños en el lago!, pero pensaba que era un juego, pues ellos se reían mucho cuando me veían hacerlo.

—No es un juego, es algo básico en la navegación para hacer avanzar los navíos.

—Bueno Diana, ya está bien de charla. Y atenta, desde esa raya no podré respirar hasta que lleguemos a los árboles gigantes.

—Eso es... mucho rato, yo puedo aguantar la respiración por lo menos un cuarto de hora, así que tendremos que pasar la contaminación a cien kilómetros por hora, por eso necesito que me ayudes un poco, debido a la carga y a la contracorriente.

—Bien, vamos sin perder ni un instante.

Y haciendo lo que decía el Delfín, comenzaron a subir la corriente a toda velocidad.

Los árboles grandes estaban próximos, cuando Diana observó que el Delfín aflojaba la marcha y miraba hacia ella sin hablar pero parecía decirle con la mirada —¡No llegamos! ¡Me falta oxígeno!

Diana entendió el mensaje y redobló su esfuerzo remando; al llegar Eric y Bito, se despertaron y dijeron: —¡Oh, 000h, qué sitio tan bonito!, ¿Dónde estamos? Diana, ¿Quién controla la barca?

Diana dio tres ladridos que querían decir, —Es un río, y la barca está siendo remolcada por un Delfin.

En esto Eric dijo: —Vamos Bito, coge el remo derecho y ayudemos al Delfin.

Cruzaron por grandes alamedas que había a los lados del río, cruzaron por pueblos asentados a las orillas, pasaron debajo de puentes que se elevaban a su paso, y una vez que atravesaron grandes ciudades, el Delfin giró por un pequeño río que desembocaba en el mayor por su margen derecho; avanzaron por el durante un gran trecho, hasta salir a una anchura, a la que se ascendía a través del salto de agua que caía por una presa; cuando Eric vio aquel remanso preguntó al Delfin: —¿Qué es este remanso?

El Delfin respondió con sus sonidos característicos: —Esto es lo que los humanos llaman un pantano.

Salieron de él siguiendo el curso del pequeño río. De pronto se internaron por una entrada bajo tierra. Eric, mirando a todos lados, decía lleno de regocijo: —¡Qué cosas tan bonitas! Mira Bito, esas columnas son estalagmitas y estalactitas.

Bito, emocionado, gritaba: —¡Qué dibujos hacen tan guapos!

Salieron finalmente, y pasaban raudos por hermosos campos labrados, pueblos blancos, con altos campanarios, y finalmente, llegaron al embarcadero de una ciudad. En este momento el Delfin paró y dijo:

— Ya hemos llegado, Diana, desátame, pues debo regresar al mar antes de que amanezca.

Eric contestó: —No, yo te desataré, además debemos darte las gracias mi hermano y yo por habernos traído hasta aquí.

Cuando el sol del nuevo día empezaba a salir, sonó el teléfono en casa de sus padres, y cuando descolgó la madre oyó la voz de la abuela que decía:

—¡Gracias por haber mandado a los niños a verme, pues tenía ya muchas ganas de abrazarlos!

*Historia
de Facundín*



En un pequeño pueblecito, nació un niño llamado Facundo al que todo el mundo le llamaba Facundín.

Este pueblecito tenía por detrás de las casas un arroyo, que casi siempre iba seco; es decir no tenía agua, pese a nacer en las montañas próximas; pero a veces cuando las lluvias eran abundantes, solía traer grandes avenidas; además tenía un pequeño palacio, con un jardín, con muchas flores, macizos de laureles y grandes árboles.

Facundín era un niño muy travieso, al igual que su amiguito, Romualdo, que también había nacido en el pueblecito. Desde pequeños jugaban siempre juntos; lo que más les gustaba era la pelota y hacer travesuras.

Un día oyeron a los abuelos del pueblo contar que una vez había habido una tormenta muy grande, y que el arroyo trajo una avenida tan enorme que llegó el agua hasta el puente, y que una persona que

murió arrastrada por las aguas, cuando llegó al puente, su espíritu salió de su cuerpo y se fue a vivir al pequeño palacio, y que en las noches de tormenta, se le escuchaba vagar y quejarse de la mala suerte que tuvo aquel día, cuando se acercó al arroyo sin esperar que hubiese tormenta.

Pocos días después, Facundín y su amiguito Romualdo quedaron para ir al palacio la primera noche que hubiese tormenta, para ver el fantasma del palacio.

Fueron pasando los días y llegó el otoño, y empezaron las primeras tormentas, y Facundín, dijo a Romualdo: —Ya es el tiempo para ir a ver al fantasma.

Pero su amiguito le contestaba: —Mira que he preguntado a mi madre y dice que es verdad.

—Pues bueno, esta noche parece que habrá una gran tormenta, y si tu no me acompañas, porque eres un miedica, iré solo.

—No, yo no soy un miedica, así que te acompañaré, pues cuando dé el primer trueno, te espero en la puerta de la escuela.

Se marcharon a casa, y dijeron que se iban ha acostar, pues les daba miedo de la tormenta. Pasada una hora, se oyó un trueno lejano; Facundín, cogió sus zapatos en la mano y de puntillas para no hacer ruido, salió al corral, pues su dormitorio era interior; una vez en el corral se puso los zapatos, saltó las ta-

piar y echó a correr por detrás de las casas. Cuando llegó a la puerta de la escuela, ya esperaba Romualdo, que vivía más cerca.

—Hola, ¿estas dispuesto para ver el fantasma del Palacio?

—Sí, vamos deprisa antes de que nos vea alguien. Partieron cogidos de la mano para darse valor el uno al otro.

—¡Qué noche tan oscura! —dijo Romualdo.

—Mejor para nosotros, pues así no nos podrán ver, ni los vecinos ni el fantasma, pero... calla, se oyen pasos.

Se escondieron tras de un árbol, para no ser vistos.

—Ves, es el perro del chacho Frasco — nombre por el que todo el pueblo conocía a su dueño; iniciaron una carrerita para llegar pronto.

—¿Cómo vamos a saltar la verja del jardín, con lo alta que es y los pinchos de lanza que tiene arriba? —dijo Romualdo.

—Ya lo he previsto —contestó Facundín— He cogido el ronzal de la burra; haremos un lazo con él, para poder engancharlo en las lanzas de hierro. Así gatearemos hasta arriba, y una vez subidos en la valla, nos deslizaremos por la parte interior.

—Pues bien, no perdamos más el tiempo; estoy deseando ver a ese fantasma del que tantas cosas cuentan los mayores —dijo Romualdo.

Lanzaron el ronزال como habían dicho y treparon resbalando por la valla hasta entrar en el jardín. Una vez dentro, escogieron el sendero de la izquierda, para llegar al Palacio; los truenos y relámpagos cada vez eran más potentes, lo cual les producía miedo, pero ninguno quería decir nada, para que el otro pensase que era una persona muy valiente.

Al llegar junto al Palacio, dijo Facundín: —Debemos entrar por la parte de atrás, pues la puerta principal, siempre ha estado cerrada.

Entonces giraron hacia un pequeño senderito que bordeaba el Palacio por la derecha, llegaron a las amplias escalinatas de atrás, y bajo el naranjo loco que había junto a la escalinata, aguardaron un poco y escucharon: no se oía nada, solamente la tormenta y el viento que empezaba a levantarse y zumbaba entre los altos setos de la fuente saltadora que había próxima a la escalinata.

—Sigamos —dijo Facundín.

Subieron lentamente la escalinata, empujaron a la puerta, que por llevar tanto tiempo cerrada chirrió levemente; a ellos se les encogió aún más el corazón.

—¿Oyes algo? —preguntó Facundín.

—No... nada; deben ser nuestros corazones; pero, ¡qué oscuridad! Yo iba a traer una vela, pero no he podido saber donde la escondió mi madre la última tormenta.

—Bueno, no importa; sigamos hasta la primera planta, a ver ese Fantasma.

En ese momento se oyó un leve BUUUU.

Escucharon y dijo Facundín. —Ese fantasma trata de asustarnos, pero hasta que no lo veamos, no nos iremos.

No había terminado Facundín de decir esto, cuando se oyó otro Buuuu más fuerte y muy próximo a ellos. En ese instante, un relámpago iluminó todo el Palacio y se oyó un trueno terrorífico que hizo temblar todo el Palacio.

A la luz del relámpago vieron una figura blanca con unos enormes ojos, delante de ellos; dieron un grito horrible de miedo y echaron a correr; tal era su velocidad, que sin poder parar fueron a caer a la fuente saltarina, poniéndose chorreando.

A la mañana siguiente, dijo la madre de Facundín al padre: —Este niño siempre ha de hacer alguna de las suyas, pues ha dejado la ventana abierta, y la lluvia de la tormenta le mojó toda la ropa. No se cómo va ir a la escuela.

Desde esa noche, Facundín y Romualdo, estaban muy serios y tenían mucho miedo. Sus amigos dijeron a la maestra que algún mal hechizo los había encantado por malos, y que por eso ya no jugaban a la pelota ni hacían tantas travesuras, ni gastaban bromas; además los había hecho unos miedicas.

Así, transcurrieron varios días, hasta que una tarde el abuelo de Facundín, que era el jardinero del Palacio, mandó a éste que fuese a la primera planta del Palacio y se trajese un ramo de flores que había cortado para su madre y que se le quedó olvidado.

Facundín no dijo nada, pero se echó a llorar. Su madre le preguntó que por qué lloraba; él no decía nada, pero su hermano pequeño, que era amiguito de Romualdo, conocía la historia del fantasma, porque éste se la contó un día, haciéndole prometer que a nadie diría nada; pero cuando vio a su hermano como lloraba, le dijo todo a la madre y al abuelo.

—En el Palacio no hay ningún fantasma: es algo que yo urdí para que no entrase nadie a romper las plantas.

—Sí, sí, sí, abuelo, con mi amigo Romualdo, la noche de la gran tormenta yo lo vi.

Dijo entonces el abuelo. —Dame la mano para que no tengas miedo; iré yo contigo y te lo enseñaré.

Caminaron calle abajo hasta la puerta del jardín. Facundín apretaba cada vez más fuerte la mano del abuelo por efecto del miedo.

—Mira, solamente es el gran búho blanco, que es el cazador de ratones y ratas, para que no se coman las plantas del jardín.

Facundín se soltó de la mano del abuelo, diciendo feliz: —Espera un poco que ya vengo.

Diciendo esto, salió saltando y corriendo, gritando: —Romualdo, Romualdo, Romualdo, Romualdito, era un hermoso búho blanco.

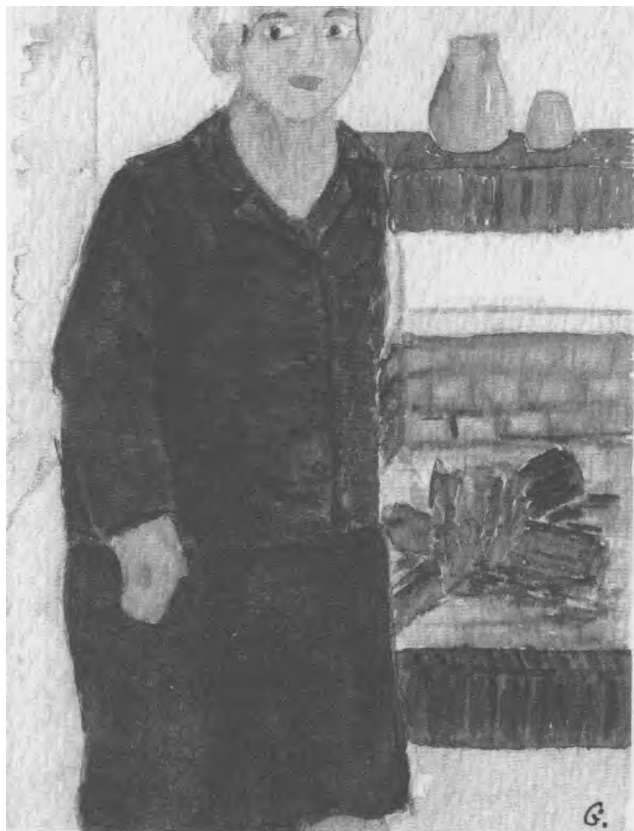
Y al poco apareció tirando de Romualdo, el cual brincó y saltó de felicidad.

Los dos amigos pidieron al abuelo que les dejase ser amigos del búho Blanco, a lo que el abuelo accedió.

Y cuenta la leyenda, que aún hoy, siendo adultos, siguen cuidando al Búho Blanco de grandes ojos de sabio, y cuando en la vida tienen problemas, les da consejo el sesudo sabio, al que le llaman Ojos Grandes, por el tamaño de ellos.

Si alguna vez tu pasas por mi pequeño pueblecito, mira al cielo y verás como vuela por él el Gran Búho Blanco del ayer.

Felipe y Marta



Al pie de una montaña había una pequeña casita blanca con un parral en su puerta, donde vivía Felipe, un hombre mayor de aspecto bonachón. Con él vivía su mujer, Marta, de semblante serio aunque desprendía confianza. La casita estaba protegida en su parte trasera por la montaña; en la parte delantera, que daba al sur, había un cerrito bajo que formó, en la prehistoria de una vieja montaña, olvidada por el paso del tiempo. A la casita se ascendía desde el pueblo por un estrecho camino de tierra que, además, servía de tránsito para los caseríos escondidos en la montaña. Todos conocían aquella zona como la Sierra.

Mi tío solía visitarles con cierta frecuencia siempre que salía de caza. A mí me gustaba acompañarle para estar todo el día con ellos, ya que constantemente me demostraban su cariño: ahora era Marta quien me ofrecía algún dulce de los hechos por ella y que estaban deliciosos, ahora era Felipe que me traía al-

mendras del granero donde guardaba el trigo y la cebada.

Una tarde estábamos Felipe y yo sentados a la puerta, en sendas piedras, viendo la puesta de sol cuando apareció Marta llevando una pequeña silla de anea en la mano; se sentó junto a nosotros y preguntó a Felipe: —¿Estas montañas deben tener unas interesantes historias?

—Pues claro – contestó Felipe —Contaba mi padre que le había contado el suyo a quien su abuelo le había dicho que en otros tiempos, muy lejanos, existieron en la Sierra unos animales a los que llamaban osos panda que estuvieron a punto de desaparecer por culpa de los cazadores, que los perseguían y cazaban para cobrar sus pieles, que eran estupendas contra el frío de los inviernos rigurosos; en aquella época, las nieves duraban casi todo el año.

Una vez dicho esto, Felipe hizo una pausa que aprovechó Marta para preguntar: —¿Traigo algo para merendar?

Felipe, mirando a viejo cerro, respondió: —Un poco de queso de ese que hiciste ayer. Así probamos cómo está de rico. ¡Ah!, Y unas uvas del parral, que están dulcísimas.

Entró Marta a casa y volvió un instante después con un plato de queso y una fuente con uvas de co-

lor miel. Tomó Felipe un trozo de queso en una mano y en la otra un racimo de uvas —¡Venga, a comer!

Y en esto, continuó su relato: —Pues bien, cada vez quedaban menos osos y además la montaña estaba tan vieja y gastada de la erosión del tiempo, que los osos no tenían ni una pequeña cueva donde meterse para invernar, ya que ellos pasan el invierno dormidos, y no regresan a la actividad hasta la primavera. Así que el creador dijo un buen día: «Debo proteger a los pandas, pues sino las nuevas generaciones venideras de humanos no les conocerán» Y diciendo esto, tuvo lugar un cataclismo tan enorme que en el lugar de la montaña vieja apareció una montaña joven, con hermosos pinares, entinares y otras muchas especies de árboles de todos tipos, y hasta una linda cueva para los largos inviernos de los osos pandas.

Se levantó de su piedra y me dijo: —Vamos, sígueme— Subimos al cerrito que había delante de la casa, y señalando a lo más alto de la sierra con la mano que sujetaba el queso me dijo: —Mira, ¿ves aquella cueva de arriba?

—Sí, sí —exclamé yo.

—Pues en ella, cuando yo era joven, casi un niño, vivía una familia de pandas, con sus dos pequeños hijos.

En eso que empezaron a llegar las sombras de la noche y Marta dijo: —Esta noche hará frío.

—Sí, tienes razón; iré al corral a por leña —replicó Felipe.

Yo le seguí hasta el corral donde con el hacha le ayudé a partir la leña y a transportarla al interior de la casa. La soltamos en el suelo junto a la chimenea en la que Felipe la fue colocando para que ardiese. Lo hacía de ese modo que solamente las gentes del campo saben hacerlo; una vez preparada, tomó en su mano derecha una piedra negra de pernal a la que golpeaba con un hierrecito hasta que las chispas que producían emprendieron en la leña seca. Hecha esta operación se levantó Felipe y Marta ocupó su lugar con un soplillo de esparto con el que abanicó el fuego varias veces; pronto la llama se elevó y no solamente calentó la habitación, sino que la iluminó con una espléndida luz.

En esto Felipe se sentó en un tronco de encina vieja que le gustaba usar como taburete para sentarse junto a la lumbre. Él lo hizo en el lado derecho, Marta en la izquierda y en una silla baja de anea; a mí me ofrecieron una pequeña sillita de tablas que había hecho Felipe en sus ratos libres, que eran pocos. Una vez sentados miré a Felipe de soslayo, pues no quería que pensase que era un niño muy descarado; le observé con atención y descubrí en él que era una persona muy interesante, con ese aire de buena persona, que parecía un Papá Noel, con su pelo blan-

co y su cara regordeta; pero lo que más me llamaba la atención eran sus ojos dulces y apagados, en los que se reflejaba la luz de la hoguera de un modo tenue. En cambio, Marta, siempre vestida de negro, no sé muy bien por qué tenía una cara que desprendía vivacidad y una barbilla muy graciosa, que le salía hacia fuera por efecto de habersele caído los dientes, de los que carecía; sus ojos eran tan vivos, que el reflejo de las llamas parecía arder dentro de ellos.

Estaba en esta contemplación, cuando Marta dijo: —Tarda mucho el tío del niño, ¿le habrá pasado algo?

—No, no creo, pues nadie conoce la Sierra mejor que él; lo que pasará será que como ya es la época de los zorzales, éstos estarán entrando a dormir al chaparral, y él estará al acecho.

No habían acabado de este comentario, cuando llamaron a la puerta y apareció mi tío, llevando colgados de la canana conejos, perdices, zorzales y quizás algún otro animal cazado pero que no recuerdo con exactitud. Entró en la casa dando las buenas noches y preguntó: —¿Cómo se ha portado?

—Bien, como siempre —respondió Felipe.

Entonces Marta se puso en pie y preguntó: —¿Tienes hambre?, ¿Quieres comer algo?

A esta pregunta, él contestó: —Solo un poco de agua, pues tengo sed.

Tras esta conversación, desabrochó la canana y

sacó de ella dos conejos y dos perdices que dejó sobre la mesa, al tiempo que decía: — ¡Ea Marta, para que haga un arroz con conejo a Felipe y una pepitoria de perdiz! —Y dirigiéndose a mí exclamó: —Vamos niño, que la abuela estará esperando.

Entonces Felipe dijo: —Te acabare la historia otro día.

Marta, sin parar de traficar en la cocina preguntó: —¿Cuándo lo dejarás unos días con nosotros?

A lo que mi tío respondió: —Es que mi madre no quiere que pase la noche fuera de casa lejos de ella, tanto es así que ni en casa de mi hermana deja que se quede.

Y diciendo esto me tomó de la mano y dando las gracias por el trato que me habían dispensado, y las buenas noches, abrió la puerta y partimos hacia el pueblo. La noche era cerrada. Yo trataba de forzar al máximo la vista, tratando de ver los viejos cerros y cerrillos que todavía quedaban de la montaña vieja, que Felipe me había dicho, pero era imposible ver más allá de dos o tres metros con tanta oscuridad.

Así íbamos andando, mi tío llamando a los perros par que no se alejasen

mucho, y yo, sumido en mis pensamientos sobre la historia que Felipe había empezado a contarme. Me decía para mis adentros: — Deberé esperar toda

una semana para que continúe con ella, ya que mañana no me dejarán venir.

De pronto, mi tío me preguntó: —¿Qué historia es esa que te está contando?

—Una muy bonita que trata de la montaña vieja y del nacimiento de la Sierra; además habla de unos osos Pandas —Nos llamamos pues ya estábamos entrando en el pueblo.

—Cuando mi tío marchó para estar un rato con los amigos, yo aproveche para decir a mi abuela: —Hoy me ha contado Felipe parte de una historia muy interesante, ¿me dejarás ir mañana?

Ella, con una sonrisa me respondió: —¡Según te portes!

A la mañana siguiente, cuando mi tío se levantó, yo ya estaba dispuesto para acompañarle. Así que junto a él, iniciamos el camino; cuando estábamos próximos a casa de Felipe, vi a este que con un antifaz en la cara sacaba panales de unas colmenas que tenía en un terreno cercano a la casa. Iba echando los panales en un cubo, y con un palito que tenía en la punta de una horquilla los apretaba sobre el fondo del cubo, para que soltasen la miel.

Al verlo corrí hacia él y me gritó: —¡No, no te acerques, pueden picarte las abejas; vete para la casa; ahora voy a verte!

Seguimos camino a la casa y al llegar dijo mi tío

a Marta: —¡Buenos días! Aquí lo dejo, como usted quería —Y se marchó dejándome con ella.

No hubo pasado mucho rato, cuando apareció Felipe llevando en una mano el cubo lleno de miel y en la otra un panal, que me ofreció diciendo: —Toma y chupa de él, veras que cosa tan rica.

Efectivamente, nada más presionar un poquito con los labios se desprendió una miel sabrosísima.

—¿Te gustó —preguntó Marta al ver mi cara de satisfacción.

—¡Sí, si, está tan buena esta miel!

Mientras hablábamos, iba poniendo sobre la mesa unos tazones enormes de leche, pan tostado al fuego, galletas hechas por ella y queso, miel y tocino para Felipe, que preguntó que para quién era tanta comida; ella respondió: —Hoy debéis comer muy fuerte, ya que Felipe te llevará a ver algo muy interesante.

—Pero... él tiene que recoger las almendras.

A lo que Marta replicó: —Ya lo hará otro día; hoy te lo dedicará a ti.

—Y ¿dónde iremos?

—Eso es un secreto de él, pues a mí solamente me ha dicho que ya que tu abuela ha sido tan amable dejándote hoy y mañana con nosotros, vamos a dedicar estos días a disfrutar de ti, y que haremos una excursión que te va a encantar

Mientras tanto, Felipe aparejaba a la burra Golon-

drina, que era negra con la panza blanca, por eso se llamaba así. Cuando hubo terminado, tomó unas alforjas con comida y las cargó en la burra exclamando: —¡Ya está! Vamos Marta, sube a su lomo, el niño irá contigo; yo haré el camino a pie, pues hace tantos años que no voy, que me apetece ir andando.

Y colocándose su gorra en la cabeza, tomó a Golondrina del ronzal y dijo: —¡Andando, arre Golondrina!

Tomamos el camino de tierra hacia la derecha, es decir para el lado contrario del pueblo, por tanto hacia la Sierra Joven. No hubimos caminado mucho trecho, cuando el camino se dividía en dos: uno más ancho y llano a la izquierda, y el otro, que más que un camino era una vereda de piedras, que iba subiendo para la parte alta de la Sierra. Aquí Felipe dijo: — Nos quedamos ayer en que en la Cueva llamada del Agua se situó su vivienda una familia de osos pandas con dos hijos.

—¡Sí, sí, en eso quedaste!

—Pues bien, en ese entorno merodeaba un zorro, que es un animal muy envidioso, y que ofuscado por la vivienda que el Creador facilitó a los osos, quería quitársela; pero el panda padre defendía su territorio con fiereza. El zorro, considerándose impotente para luchar con un oso tan poderoso, interpeló al Creador: «Vamos a ver, ¿por qué le has dado el Pan-

da la mejor cueva de la Sierra Nueva?» A lo que recibió la siguiente respuesta: «Tú eres un animal muy ágil y veloz; además solamente duermes unas pocas horas al día, pero el oso panda y su familia tienen que invernar. Esto significa que una gran parte de su vida se encuentran dormidos. Sabes muy bien que cuando vivían en la montaña vieja nadie le ofreció un refugio; por esto, la montaña Joven la he hecho PARA EL PANDA; vosotros aún tenéis la montaña vieja».

Paró el relato y señalando con una fina varita que llevaba en la mano me dijo:

— ¡Mira, desde este punto de la Sierra se ve casi toda la montaña vieja! —Era verdad, los encinares de siglos eran frecuentes en ella; mientras la Sierra estaba desértica, las grandes piedras y algunos pinos pequeños que sembró la reforestación la cubría. En esto Marta dijo: —Vamos o no llegaremos para mediodía.

Felipe, pensativo, respondió: —Si... claro, tienes razón, pero comprenderme, para mí, que no conozco otro lugar más que éste... Todo aquello que le perjudica me produce una gran tristeza.

Marta, mirando a su marido con ternura le dijo: —Yo tampoco he salido de estos entornos.

—Pero yo no conozco ni el pueblo, y eso que no está muy lejos. Siempre he vivido para mi trabajo desde que era muy pequeño. Eso tú lo sabes.

—Pues claro que lo sé.

—En cambio la Sierra si la conozco bien; de niño traía las ovejas y las cabras de mi padre para que pasasen. Pero bueno, no quiero ponerme triste, hoy quiero ser feliz ya que tenemos al niño con nosotros. —Y diciendo esto reanudó la marcha, exclamando: —¡Arre, arre, arre Golondrina!

Entonces empezó la historia por el punto que había quedado interrumpida.

—Oído esto por la zorra, se fue a decir a todos los animales que la Sierra era solo para el panda; los animales organizaron una protesta ante el Creador, y este les contestó que efectivamente la sierra era para el panda, pero que era de uso colectivo para todos los animales. En esto, un humano que andaba por allí, oyó lo que decía el Creador, y enseguida, abrevió lo dicho y cuando contó a sus semejantes lo ocurrido dijo «¡Qué sepáis todos que la SIERRA PARAPANDA!» Así que ya sabes el porqué nuestra sierra se llama SIERRA PARAPANDA.

En ese momento llegamos a la puerta de la cueva y ayudamos a Marta para que bajase de Golondrina; de inmediato y mientras ella preparaba las cosas para comer, yo entré dentro de la cueva acompañado de Felipe; eché una mirada rápida para verlo todo y Felipe me indicó, señalando hacia el techo — ¿Ves esa gota de agua?

—¡Sí! —repliqué.

—Pues siempre esta cayendo, tanto en invierno como en verano. Sólo se altera en los años de mucha sequía. Dicen que el Creador la puso para que los pandas no tuviesen que desplazarse largas distancias fuera de la Sierra para beber. De este modo evitaba el peligro de los cazadores.

Señalando una de las paredes pregunté: —¿Y esas pinturas que hay ahí?

—Esa es otra historia que te contaré en otra ocasión.

—Son muy bonitas e interesantes.

De pronto se oyó la voz de Marta que nos llamaba para comer. Una vez sentados en el suelo, iniciada la comida, pregunté dirigiéndome a Felipe: —¿Qué pasó con los osos? No los he visto por ninguna parte.

—No, no. Lo sé muy bien. Parece que hubo una época de sequías muy grandes y largas. La comida era escasa o mejor dicho prácticamente no existía, y tuvieron que emigrar. Dicen que atravesaron Europa y pasaron al Asia. Por allí anduvieron errantes durante mucho tiempo, hasta que al final parece ser que se quedaron para siempre en China. Desde aquellas sequías, creo que andan todos los gobiernos intentando repoblar la Sierra, pero es un proceso muy lento.

Extendiendo su vista a toda la montaña, tanto a la vieja como a la llamada Sierra PARAPANDA, exclamó

concluyendo: —Estas sierras son todo cuanto conozco. Posiblemente sólo saldré de ellas cuando muera, y quizás no las ve llenas de hermosos árboles, pues tanto Marta como yo somos muy mayores. Tú si vieras esos almendros crecidos, los pinos reales, los abetos, entinares y cuantos están sembrando en la repoblación. Por eso me gustaría pedirte que cuando seas mayor y veas estos parajes cubiertos de verdes y hermosos árboles, recuerdes la historia que te contó un viejo algún día del ayer, junto a la cueva del Agua.

Pasaron muchos años y el día de la merendica, subía con algunos de mi familia a la Sierra, y los hombres, mujeres y niños, bailaban alegremente sin recordar por qué su Sierra se llamaba PARAPANDA.

La gran nevada



*E*ra un día gris y oscuro, de nubes preñadas de nieve, en aquel paraje, abrupto y duro, de las tierras altas de aquella región, cubierta por grandes zonas de castaños, collados sembrados de higueras y en las tierras bajas abundantes almendrales. Estaban cruzadas por millares de riachuelos, producidos por los deshielos de la pasada estación veraniega.

Aquí y allí se veían cortijos blancos, y más cercano a la cima de la montaña un pequeño pueblecito lleno de casas de tejados inclinados, estrechas ventanucas, y grandes chimeneas que arrojaban humo sin cesar, pues ya comenzaban a sentirse los primeros fríos, del próximo invierno.

Por el camino, que ascendía hasta el pueblo, desde un valle de verdes pastos, subía un pastorcillo con su rebaño y un perro ovejero que le ayudaba en su cuidado.

Pepito, que así se llamaba el pastorcillo, traía en sus brazos un corderillo, que había parido la oveja

Luna mientras pastaba en el valle. Luna caminaba tras de él, dando balidos, y Fiereza, que era el perro, cuidaba de que las demás ovejas del rebaño no se desperdigasen y siguiesen sendero adelante.

Pronto empezaron a caer pequeños copos de nieve. Pepito miró al cielo, y llamó, a Fiereza, le explicó: —Pronto la nevada ser más intensa, debemos darnos prisa si queremos llegar al pueblo antes de que la nieve lo cubra todo.

Fiereza ladró, —¡Guau, guau!— fustigando a las ovejas. Mientras Pepito jaleaba, —Je, je, je!— iniciaron una carrera, pero la nevada cada vez era más intensa, era tanta la intensidad que no se veía el camino.

Pepito gritó, —¡Ehee, Fiereza, llévalas para el cortijo del Castaño Pilongo!

Fiereza se situó en un costado del rebaño y ladró con fuerza —¡Guau, guau, guau! Las ovejas giraron por un estrecho senderito mientras él no paraba de ladrar, —¡Guau, guau, guau!

Pepito, con el hijo de Luna en brazos, tomó aquel senderito también. Luna le seguía balando, —¡Beee, beeee, beeee!

El pequeño corderillo temblaba de frío. Pepito se quitó la zamarra y lo abrigó, pero ya no escuchaba ni a Fiereza ladrar, ni a las ovejas balar, y se dijo para sí, —No oigo nada— Se paró un instante y aplicó el oído con más atención. —No, no oigo nada. ¿Se ha-

brán perdido Fiereza y las ovejas? No puede ser, él es demasiado listo para perderse—. Entonces llamó con fuerza —¡Fieereezaaaa, Fieereeeezaaaa! —Escuchó otra vez y todo era silencio; intentó ver pero no se veía nada.

—¿Qué habrá pasado? —Se refugió bajo un castaño de grandes dimensiones, a esperar que amainase la nevada, pero hacía tanto frío que el corderillo le miraba a los ojos y parecía decirle, —¡Meee... moriré de frío, ya no puedo aguantar más!

Pepito, pensando en voz alta, le respondió: —Creo que deberías mamar alguna leche caliente de tu madre —y poniéndole en el suelo llamó a Luna.

—¡Luna, ven aquí, tu hijo necesita mamar algo de leche calentita!

Luna se acercó, lamió suavemente a su cría y se puso en posición para que se amamantase.

Pepito se sentó acurrucado junto al enorme tronco del castaño, y en esa postura, contemplaba como la oveja daba alimento a su hijo mientras no paraba de acariciarle su pequeño lomo con la lengua.

De pronto, sintió frío él también; miró a su alrededor buscando alguna leña para encender fuego con el que calentarse, pero la nieve lo cubría todo. —Tengo que irme. No puedo seguir en este lugar. —Tomó de nuevo al corderillo en sus brazos y reanudó la marcha. No había andado treinta pasos, cuan-

do pudo darse cuenta de que estaba perdido de verdad, no sabía para donde dirigir sus pasos.

—Luna! ¿Sabes por dónde debemos ir? —Pero ella estaba helada, no podía casi ni moverse—. Mejor será que regresemos al tronco del castaño, al menos él, con sus grandes ramas nos cubrir un poco de esta nevada.

La noche se echaba encima. Poco tiempo después era noche cerrada y más oscura que boca de lobo, como decían los viejos lugareños.

Por última vez llamó al perro —¡Fieeerezaaa Fieeereeezaaa!—. La única respuesta que obtuvo fue un aullido lejano. —¿ Y... ahora que voy hacer? El lobo de la sierra nos ha olido, vendrá a comerse a Luna y al corderillo, y dependiendo del hambre que tenga igual me come a mí también.

Los aullidos se oían cada vez más cercanos. Pepito temblaba de frío y miedo. No transcurrió mucho tiempo cuando vio en la oscuridad brillar unos ojos, que daban destellos como dos ascuas de fuego. Pepito gritó, —¡E1 lobo de la sierra! —Tomó al corderillo en brazos y llamando a Luna salieron corriendo, pero más que correr patinaban en la nieve.

De inmediato, el lobo se lanzó a por ellos, con las fauces abiertas.

Mientras el lobo les perseguía, ellos tropezando, resbalando e intentando correr, a través de la nieve y la oscuridad de la noche, se aproximaban a un pre-

cipicio sin darse cuenta. Mientras tanto el lobo les acosaba más y más. Este se arrojó sobre ellos justo al tiempo que Pepito, resbalando, rodó por la quebrada del terreno, precipitándose con Luna y el corderillo al vacío seguidos por el lobo.

Entretanto Pepito, Luna y el corderillo pasaban por miles apuros, el rebaño de ovejas conducido por fiereza, había llegado al cortijo del Castaño Pilongo, donde el tío Paco, acompañado por el abuelo José y otras personas del cortijo encerraron a las ovejas en la cuadra destinada al ganado lanar, le echaron de comer para que se repusiesen del frío y la carrera que se habían dado para refugiarse de la nevada.

Terminado el trabajo, regresaron junto al fuego de la chimenea, pero pronto el abuelo José, que andaba pensativo, exclamó: —¿No creéis que es muy extraño, que el pastorcillo tarde tanto?

—Pues la verdad es que ¡sí! —contestó tío Paco—. Voy a asomarme al ladero del camino para ver si viene. —Y abriendo la puerta salió al exterior de la casa, avanzó varios pasos y grito con fuerza —¡Pepiiiiitooo! ¡Pepiiiiitooo! — Pero nada, no obtuvo respuesta alguna. Retornó por sus pasos y preocupado llamó a todo el personal del cortijo para decirles una vez que estuvieron reunidos. —El pastorcillo debe de haberse extraviado con la nevada, así que tendremos que salir a buscarle.

El abuelo, levantándose de la silla que ocupaba junto al fuego, pasó la mano por su frente y pensativamente se dirigió hacia todos ellos hablando: —Debemos darnos prisa, la nevada está siendo tan enorme que temo no podamos encontrarlos antes de que se haya hecho de día, y eso si deja de caer copos, porque de no hacerlo puede que la nieve haya cubierto su cuerpo helado, y entonces habrá que esperar a los deshielos del verano; además, puede que se haya despistado y se haya caído por alguno de los precipicios.

Tiburcio, que era uno de los pastores, hombre grandón y muy grueso, mirando hacia el exterior con su cayado en la mano, manifestó: —Esta tarde, al empezar la nevada, me pareció oír al lobo de la sierra cuando hemos encerrado a las ovejas. Me ha parecido que Luna no estaba entre ellas. Posiblemente haya parido o esté pariendo en algún refugio que hayan encontrado; pero de no haber sido así, será muy difícil que demos con ellos, y eso si el lobo no los encuentra antes que nosotros.

Juanín, que era un muchacho que ayudaba en las tareas del cortijo, y muy amigo de Pepito, exclamó nerviosamente. —¡No perdamos más el tiempo, así que andando! ¡Fiereza, vamos busca!

El perro olfateó el aire y salió a todo correr dando grandes ladridos —¡Guau, guau, guau! —y los de-

más perros del cortijo le seguían ladrando igualmente —¡Guau, guauguau!

Tío Paco, cuando oyó lo contado por Tiburcio, tomó una escopeta y la cargó con plomos de postas que tenía preparados para cazar lobos; el abuelo cogió un palo enorme de castaño; Juanín llevaba una buena vara de almendro y Pedro llenó su morral de piedras y preparó su honda de pastor. Pertrechados de este modo, siguieron a los perros por el camino que llevaban.

El abuelo llamó con fuerza —¡Pepiiiiitooo, Pepiiiiitooooo, Luuunaaaa, Luuuunaaaaa, Pepmmt000000! —más su llamadas no hallaban respuestas algunas.

No habían llegado al principio del pequeño sendero, cuando Fiereza y los demás perros se lanzaron a todo correr por entre los castaños, ladrando con más fuerza. En ese preciso instante se oyó un aullido — ¡Aaaaauuu aaaaauuuuuuuuuuuuuuuuuu!

Juanín gritó levantando su vara con todas sus fuerzas. —¡El lobo, el lobo, el lobo!

Tío Paco preparó la escopeta, y los demás, unos sus palos y otro la honda, y aceleraron el paso cuanto podían. Al llegar junto al precipicio observaron que los perros se dirigían a una pequeña vaguada que había hecho uno de los riachuelos, y por ella bajaban hasta el barranco donde el lobo aullaba de do-

lor pues al caer por el precipicio se rompió las cuatro patas, pero no veían ni a Pepito, ni a Luna, ni al corderillo. Hubieron de aproximarse todavía más y más, pero seguían sin verles. En esto dijo el abuelo. — Habrá que bajar por donde lo han hecho los perros para buscarles.

Mientras tanto los perros acababan con el lobo. Ellos bajaron y rastrearon todo, sin encontrar ni rastros de Pepito, Luna y el corderillo.

Juanín se puso muy triste y dijo casi llorando. — Se los habrá comido el lobo.

El abuelo mirando hacia arriba decía. —No pueden haberse matado, la altura no es tan grande.

De pronto, Pedro gritó: —Mirad dónde se han quedado enganchados!

Todos miraron a donde señalaba Pedro. Era un saliente del precipicio: al caer se habían quedado enganchados en el mismo, sujetos por una piedra que sobresalía de las demás.

Tío Paco, mirando hacia donde estaban, se dirigió a Tiburcio —Tú eres más alto y fuerte que todos, quizás si te ayudásemos un poco podrías bajarlos hasta aquí. —Y poniendo manos a la obra, se subió en unos riscos mientras los demás le sujetaban; alzó sus brazos y cogió primero al corderillo. —Ya tengo a éste, pero es más pequeño y estaba muy cerca del filo. Ahora vamos a ver si puedo alcanzar hasta donde es-

tán ellos, aunque Luna será más fácil bajarla con la ayuda de mi cayado.

Los demás preguntaron: —Pero ¿Pepito como está?

—Me parece que se ha dado un buen golpe y ha perdido el conocimiento.

—¡000... no se! —Mientras entre todos intentaban bajar a Luna, Juanín pegaba el corderillo contra su pecho para darle calor, pues estaba medio muerto de frío.

Por fin Tiburcio había alcanzado una de las patas de Luna y tiraba de ella con sumo cuidado para no hacerle daño. Cuando la tuvo en sus brazos se dirigió a Pedro. —Tómala por las patas traseras y deposítala en el suelo con sumo cuidado, pues no sé si tendrá hecho algún daño. —Así lo hizo Pedro, pero Luna parecía encontrarse bien. —Ahora nos toca lo más difícil y es bajar a Pepito, que me tiene preocupado: no se mueve nada; tendremos que subir a Juanín, para que ayude desde la misma cornisa.

Tío Paco levantó hacia arriba a Juanín para que Tiburcio terminara de elevarlo hasta la cornisa. Una vez allí, se aproximó a Pepito y lo movió, pero éste no daba señales de vida. Juanín se puso a llorar, pero el abuelo José lo tranquilizó. —No te preocupes hasta que no lo veamos los mayores. Así, que venga, ayu-

da a Tiburcio para que pueda cogerlo y bajarlo y que veamos que le pasa.

Juanín, haciendo de tripas corazón, tomó en brazos a Pepito y lo aproximó hasta donde Tiburcio podía cogerlo. Este lo tomó entres sus manos y bajó con él lentamente de la roca en que estaba subido. Muy despacio, lo depositó sobre unas parihuelas que mientras tanto los demás habían improvisado con unas ramas que cortaron de un castaño que se encontraba cerca de ellos. Una vez depositado, lo miraron por todo el cuerpo, y finalmente el abuelo se dirigió a los demás diciendo. —Tiene un buen golpe en la cabeza que le ha hecho perder el conocimiento, pero no es muy grave, pronto se recuperará. Pero lo que peor veo yo, es que se ha partido las dos piernas y los brazos, así que lo llevaremos al cortijo en la camilla que hemos construido, y una vez allí avisaremos a su familia y al médico del pueblo.

Terminado de hablar el abuelo, cargaron con Pepito y emprendieron el regreso al cortijo; llegados al mismo, lo dejaron sobre una cama que mientras tanto había preparado la niña Violeta. Los hombres marcharon a la cocina para tomar un caldo que tenía preparado la abuela Catalina para cuando regresasen de buscar a Pepito, ya que vendrían helados de frío.

Mientras tomaban aquel caldo que les daba la vida, el abuelo preguntó —¿Quién irá a buscar al médico?

Tío Paco contestó, —Iré yo mismo, así que aparejar la mula para llegar más rápido.

Mientras subía a lomos de la mula, la nevada iba arreciando más y más. En esto se volvió al abuelo y le dijo: —Tú sabes poner muy bien los entablillados a los animales que se rompen las patas: si veis que tar- do más de la cuenta, le entablillas los brazos y las pier- nas; es por si la nevada no me dejara regresar con el doctor con toda la rapidez que requiere el caso.

Al mismo tiempo, en el dormitorio que habían dejado a Pepito, éste abrió los ojos y al ver a Violeta preguntó —¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy?

Violeta le contó lo sucedido y que estaba en el cortijo del Castaño Pilongo y que a ella le encarga- ron que le cuidase.

No bien hubo terminado Violeta, apareció el abuelo acompañado de los demás, que traían unas tablas en las manos. Pepito preguntó —¿Para qué son esas tablas?

El abuelo José respondió: —He de entablillarte los brazos y las piernas por si tardase Tío Paco en re- gresar con el médico.

Y tal como manifestó el abuelo la nevada persis- tió día y noche durante dos semanas. Los caminos y veredas se hicieron impracticables durante varios meses, pero el entablillado estaba tan bien puesto que pese a la tardanza en llegar de Tío Paco, Pepito me-

moraba día a día. Además, los cuidados de Violeta eran tan buenos que posiblemente no harían falta los cuidados del médico.

Y cuentan las crónicas del lugar que cuando vino el doctor Pepito ya había sanado, solamente le quedaba una pequeña cojera en su pierna izquierda de la que nunca se curó del todo, pero esta mínima deficiencia se vio compensada por el sentimiento que nació entre él y Violeta, pues pasados algunos años se comenzó a divisar desde la lejanía una cabaña de pastores sobre una roca situada en lo más alto de aquellas tierras y desde la que se veían todos los valles y collados de la zona.

En esta cabaña vivían Pepito y Violeta, que se habían casado, además de sus tres hijos, dos chicos y una chica; los dos primeros ayudaban a Pepito a cuidar de los rebaños de ovejas y la última ayudaba a Violeta en los quehaceres de la casa.

Wamba el jinete



WAMBA era un niño que vivió hace muchos años en unas tierras situadas al sur de Europa, en un valle cruzado por un pequeño río de escasas aguas. Tenía este valle inmensas arboledas a sus márgenes, en las que las gentes del lugar cultivaban para alimentarse ellos y sus animales domésticos. Wamba era un niño sin familia que vivía con su caballo Cabriola y su perra Tula, y que disfrutaba de la amistad de los demás animales del campo y del monte cercanos a su vivienda. Esta era una cueva hecha de piedra que por aquellos lugares llamaban caracol, sobre todo por su forma redondeada. Desde donde estaba situada su cueva, se divisaba todo el valle y las sierras próximas.

Una mañana del mes de marzo, Wamba estaba sentado a la puerta de su cueva, calentándose el desayuno, mientras Cabriola pastaba por los alrededores y Tula, sentada junto a la hoguera, miraba al horizonte, olisqueando; parecía presentir algún peligro. Wamba se levantó de la piedra en la que estaba sen-

tado y se subió al techo de la cueva; miró en la misma dirección que Tula buscando algún signo extraño y no vio nada.

Cabriola se acercó resoplando y él preguntó: —¿Qué pasa Tula? ¿Por qué estáis tan impacientes?

La perra dio grandes alaridos, se puso de pie y echó a correr en dirección a un as enormes piedras cercanas. Allí, ladraba y ladraba, cada vez con más fuerza, como queriendo meterse debajo de ellas. Ante esto, Wamba subió en Cabriola y tomó la misma ruta.

La piedra estaba sola, no se veía nada. Se bajó del caballo y miró con atención hacia donde ladraba, furiosa, Tula. En ese preciso momento descubrió una pequeña ranura en la que parecía verse algo. Se acercó con cuidado y comprobó que allí había un pequeño ser, con orejas pequeñas y puntiagudas, que parecía estar dormido. Se acercó aún más, silencioso, y dijo para que se despertase —¡Eh, eh, eh!

El extraño ser no se movió. Por más que gritó no halló ninguna respuesta, ni el más leve movimiento. Visto lo visto, lo tomó en entre sus manos, con mucho cuidado, montó de nuevo en Cabriola y llamó a su perra. Ésta, meneó su cola como preguntando: —¿Qué quieres?

Wamba dijo: —¡Venga, vámonos! El desayuno se consumirá al fuego si tardamos más de la cuenta. Ade-

más, hemos de calentar a este duendecillo que parece estar congelado.

Y se encaminaron a su cueva. Cuando llegaron, tumbó al extraño ser en su manta y lo tapó con ella, lo puso junto al fuego y se dispuso a preparar el desayuno.

Estaban dando cuenta de la comida cuando oyeron como el duendecillo preguntaba: —¿Dónde estoy?

Wamba respondió: —te encuentras en un lugar que llaman el Manchón, y estás conmigo, con Wamba, mi perra Tula y mi caballo Cabriola.

—Quiero recordar que era a ti a quien buscaba —dijo el duendecillo.

—¿A mí?

—¡Sí, sí, sí, eres tú! ¡Estoy seguro! —dicho lo cual, se levantó de un salto.

Wamba, muy asombrado, preguntó: —¿A mí? ¿Para qué? ¿Y tú quién eres?

—Yo soy el Duende de las Montañas.

—Pero, ¿cómo te llamas?

—Me llaman... —dudó un poco y prosiguió: —No creo que tenga interés para ti conocer mi nombre. Pero tampoco importa que lo sepas. Me llamo Roquero, pues siempre estoy subido en las rocas o por las cavernas de ahí dentro, entre las piedras. Por eso me has encontrado en la ranura de aquellas piedras. Desde donde vengo, para buscarte, es la única salida que existe.

—¡Ah! ¡Buscarme a mí! Pero, ¿para qué?

—En cuanto me reponga un poco, te lo contaré todo. ¿No podrías darme un poco de leche? Será la forma más rápida reponerme.

—¡Claro que sí! —afirmó Wamba, y mirando a Tula continuó —¿No has oído, Tula? ¡Ve a buscar a la cierva Ojos Claros.

Tula, agachó la cabeza como diciendo —Bueno, voy inmediatamente —y salió a todo correr por el monte. Pasado un rato regresó con ella.

—¡Ojos Claros! Te he llamado porque el Duende Roquero está muy débil y necesita un poco de leche.

La cierva abrió sus patas y ofreció sus tetas al Duende, pero éste era tan sumamente pequeño que Wamba tuvo que tomarlo en sus brazos y alzarle para que llegase a las tetas y pudiese mamar un poco, pues con su tamaño no necesitaba de mucho para alimentarse. Una vez que hubo terminado de comer, Ojos Claros echó a andar para irse, pero Roquero la detuvo.

—No, no te vayas. Vamos a necesitarte para otra tarea. Así que... escuchadme con atención.

Se reunieron todos junto al fuego. El humo molestaba a Cabriola, ya que entraba por su narizota. Tula se tumbó cerca de Wamba; Ojos Claros hizo lo mismo; y Roquero se sentó en una piedra que sobresalía de todas por su altitud, para que lo oyesen me-

por. Comenzó su discurso cuando todos estuvieron dispuestos.

—¡Bien, bien! ¡Veamos cómo os puedo explicar el asunto para que lo entendáis bien! Si volvéis vuestra vista hacia el Oeste, —todos giraron sus cabezas— en aquella montaña tan alta y nevada, hace miles de años que está esperando, encantado, el príncipe Efraín, que al recuperare su estado natural será quien proteja a todas las plantas y animales de los atropellos que están sufriendo. Pero el palacio donde se encuentra, está custodiado por un terrible y poderoso dragón, que se llama Contaminación, al que habrá que dar muerte con la flecha perdida del tiempo.

Wamba, rascándose la cabeza, preguntó: —¿Y dónde podremos encontrar esa flecha que dices?

—Según la leyenda, esa flecha se encuentra en un monte llamado el Manchón.

—¿No será por casualidad una de la que sólo queda la punta?

—¡Sí, esa es! Pero, ¿cómo lo sabes?

—No lo sé, lo que ocurre es que un día, jugando, me encontré con esa flecha.

—¡Oh, es la misma! ¡La leyenda es cierta!

—Sí, pero no creo que ya sirva de mucho: está oxidada por el paso del tiempo y por la mucha agua que ha caído sobre ella.

—¡No importa! No podemos perder más tiempo: el final de marzo se aproxima, y las nieves empezarán a derretirse. Una vez comience el deshielo...

—¿Qué ocurrirá entonces?

—¡Es la última oportunidad que tenemos! Si no lo hacemos antes del deshielo, todas las plantas y animales de la Tierra morirán. ¡Tomad nota de lo que os digo! Y ahora, ¿podéis llevarme al hueco donde me encontrasteis? Con el desmayo no recuerdo muy bien donde se halla.

—¡Claro que sí! —respondió Wamba.

Pero una perdiz que lo había escuchado todo dijo: —Roquero, si confías en mí, yo puedo llevarte a la Montaña Nevada.

—¡No, no, he de volver por el mismo camino! ¡Debo de estar en palacio antes de mediados de abril, y hasta que las nieves no desaparezcan en mayo no se puede entrar desde fuera! Además, hace mucho frío en esas montañas y podrías morir congelada: tú haces falta aquí, organizándolo todo.

Wamba cogió al duende en sus brazos, montó en Cabriola y lo llevó a donde lo encontrara. Una vez allí, bajó con él, lo depositó en la piedra y le dijo: —Yo sólo soy un niño, pero intentaré hacer lo que has dicho.

—No te preocupes. Sé que eres valiente, pero quiero que sepas que te esperamos con ansiedad: de ti depende el futuro.

No bien hubo terminado la última palabra, ya había desaparecido por entre la roca. Wamba montó de nuevo en su caballo y, tornando grupas, regresó. Se sentó a la puerta de su cueva, con la flecha en sus manos, pensando para sus adentros: —Con esta flecha, ¿cómo voy a poder matar al dragón? ¡Si ni siquiera tengo arco para lanzarla!

Estaba en estos pensamientos cuando una bocanada de aire movió las copas de los árboles. El movimiento de las ramas venía acompañado de la voz de un almendro: —¿Por qué te preocupas tanto, mi buen Wamba? Fijate en la rama que tengo en mi lado izquierdo. Mira que flexibilidad tiene: acoge el aire, se cimbréa y retorna a su posición original. Con ella podrás hacerte un gran arco.

Una liana que se enredaba alrededor de la pared de la cueva habló después: —Yo podré hacerte de cuerda lanzadera; con tres ramitas de las mías, puedes trenzar una cuerda muy resistente para atar los extremos del arco.

Después fue la encina quien tomó la palabra diciendo: —La rama derecha de mi tronco es tan fuerte y resistente que ni el mismo viento puede doblarla. Te servirá como una estupenda maza.

A continuación, habló el alcornoque: —Mira Wamba, con mi corteza podrás hacer un maravilloso escudo para proteger tu cuerpo y un casco para la cabeza.

—Sí, sí, pero ¿y la lanza?

El pino que oyó a Wamba dijo: —Si nos dejaras hablar a todos sabrías lo que hemos acordado para ayudarte y ayudarnos. ¿No has oído «andas más derecho que un pino»?

—No, nunca lo había oído.

—En fin, no perdamos más tiempo —dijo el pino—. Con el retoño de mi cuerpo te puedes hacer una lanza que será única en todo el universo.

—Bueno, bueno, ya voy pareciendo un guerrero —se aderezó todas las armas—. Me haría falta una espada.

—¿Te valdría uno de mis cuernos? —preguntó Ojos Claros.

—No, son redondos, y las espadas no son redondas. —Se puso de pie y miró al cielo. —Es muy tarde; Cabriola necesita beber. Y subiendo en su caballo, y acompañado de Tula y Ojos Claros, inició el camino del pequeño río, donde conservaba el agua para beber y para las comidas.

Al llegar al río, vio brillar una cosa plateada; se acercó, cuidadosamente, y comprobó que era un pez, al que preguntó: —¿Tú, quién eres?

—Soy el pez espada. Me envía la Diosa de la Pureza para que te preste mi espada hasta que termines la campaña que vas a emprender. Recíbela como tributo de los animales marinos para la salvación del globo terráqueo.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí? Tú no puedes vivir en aguas dulces.

—Efectivamente, pero este río será salado hasta que tomes mi espada y yo me haya ido.

—¡Como quieras! —y acercándose a la orilla tomó la espada y dio las gracias. En ese mismo instante el pez partió hacia el mar a gran velocidad. Mirando a Tula, vio como bebía con gran satisfacción junto a Cabriola y Ojos Claros. Se agachó lentamente y metió sus manos en el río; hizo hueco con ellas, tomó agua y bebió. Abrió los ojos con sorpresa mientras exclamaba extrañado: —¿Cómo puede ser? El agua está más rica que antes de aparecer el pez espada.

Caminaba lentamente con dirección al monte, cuando a sus espaldas sonó algo que parecía un cuerno de guerra —¡Buuuuú, Buuuuú...! —Retornaron rápidamente a la orilla del río para comprobar qué era. Miraron por todos lados pero no veían nada, hasta que Tula se acercó a un viejo álamo negro y llamó con su ladrido. Wamba soltó las bridas de Cabriola y se acercó. ¡Qué maravilla! Junto al tronco había una caracola marina.

—Y tú, ¿qué haces tan lejos del mar?

—Vine con el pez espada, pues te haré falta para convocar a todos los animales.

—Pero no podrás acompañarme: a tu paso nunca llegaríamos.

—¡Pues claro que llegaremos! —dijo Ojos Claros. — Yo me encargo de transportarla en mi cornamenta.

—Si es así, manos a la obra. —Tomó la caracola y la depositó entre los cuernos de la cierva —Venga, vamos ya que se nos echa la noche encima.

De regreso, en el monte, se acostaron todos menos Wamba, que mientras conciliaba el sueño se sentó junto a la hoguera a tratar de ordenar sus pensamientos. —Creo que pronto podré iniciar la marcha, posiblemente en una semana; no puedo entretenerme más; si lo hiciese, cuando llegásemos podría ser demasiado tarde para todos.

Durante la espera fueron llegando todos los animales del bosque y de otros lugares lejanos.

Por fin llegó el día de la partida. Wamba subió en cabriola que relinchó con placer. Desde arriba gritó a Caracola: —¡Da la señal de partida! —Y se oyó por todos los confines la señal de llamada: —¡Buuuuú, Buuuuú...!

Todos se pusieron en marcha colocados en orden. Primero iba Wamba subido en Cabriola; a su derecha lo hacía Tula, que de vez en cuando pasaba revista para comprobar que todos iban bien y sin problemas; a la izquierda, iba Ojos Claros con Caracola en lo más alto de su cornamenta para dar las órdenes a toque de instrumento sonoro cuando Wamba se lo indicaba.

Marcharon varios días, cruzando valles, prados, ríos, montes, llanuras... Por fin llegaron a la falda de la Sierra que aún estaba cubierta de nieve en gran parte. Wamba llamó a Ojos Claros, Tula, Cabriola y Caracola y les dijo: —Ya hemos llegado a los dominios del dragón Contaminación. Debemos ir con mucho cuidado para que no nos descubra. ¿Quién recuerda dónde dijo el Duende Roquero que nos esperaría?

—¡Aquí mismo os dije!

—Entonces... Vamos a organizarnos: Caracola, llama a todos los animales. —Hecho lo cual, se subió a una roca para que todos pudiesen oírlo. —Desde ahora, Ojos Claros se separará de nosotros y acompañará a Roquero por los caminos interiores de la montaña. Caracola irá con el águila y dará las órdenes desde arriba. Tula, tienes que vigilar, junto al zorro, la parte norte. Cabriola y yo subiremos el valle hasta la mayor altura que sea posible. ¡Ojo avizor! Caracola, avísanos cuando el dragón inicie su ataque.

De pronto, se vio una llamarada y una gran humareda que lo cubría todo. Caracola hizo sonar fuertemente su señal. Wamba gritó: —¡Adelante, todos en busca del dragón!

Cuando el dragón levantó su cabeza para arrojar bocanadas de fuego al águila y Caracola, Wamba tensó su arco con la flecha; debería acertarle en pleno

corazón; no podía fallar. Soltó con presteza la cuerda y la flecha silbó por los aires: dio en el blanco y el dragón rodó por el suelo. Wamba espoleó a Cabriola montaña arriba, en dirección a la entrada del palacio. El dragón, en su agonía, atacó furibundo. Wamba sacó su maza y le golpeó con todas sus fuerzas, haciéndole rodar inconsciente montaña abajo, donde los animales le atacaron juntos hasta que terminaron con su vida.

Cuando Wamba entró en el palacio, Ojos Claros estaba dando de mamar a Efraín. De pronto se oyó un ruido espantoso; cuando miraron, la montaña había desaparecido y en su lugar apareció un hermoso palacio con inmensos jardines: aquí y allá fluían lindas fuentes de aguas cristalinas. No pasó mucho tiempo cuando Efraín compareció en la entrada y se dirigió a los presentes: —Quiero daros las gracias a todos por haberme salvado del encantamiento. Desde ahora ya no habrá más contaminación: Wamba será el encargado de ello.

Por eso, cuando miramos al cielo, en las noches de luna clara y estrellado, vemos una forma como de rosa; los marineros la denominan Rosa de los Vientos, pero es el espíritu de Wamba que vigila la contaminación de la Tierra.